

Año 1º - N.º 1.

Criminalología Moderna.



CONTRA VIOLENTA

Director:
DR. PEDRO GORI

Secretario de la Redacción:
DR. RICARDO DEL CAMPO

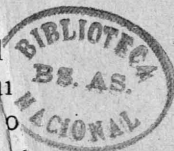
Colaboradores:

A. Alstérne
Roberto Ardigó - C. Alderman
Juan Bovio
P. Bournet - Napoleon Colajanni
Pedro Cogliolo
Guillermo Ferrero - Enrique Ferri
Rafael Garofalo
A. Hamon - Antonio Labriola - G. Landauer
Cesar Lombroso
Luis Maino - Pablo Mantegazza
Enrique de Martinis
Enrique Morselli - Romeo Manzoni
S. Sighele - C. Steevens
A. Zerboglio.

Cuerpo de Redacción:

Guillermo Achával
Julian L. Aguirre - Luis H. Albasio
Modesto Alvarez Comas
Victor Arreguine - Manuel Carles
Antonio Dellepiane
Augustin Drago - Luis M. Drago
Emilio Gouchon
Servando A. Gallegos
Clodoveo Miranda Naon - Manuel Mujica Farias
Enrique Navarro Viola - Osvaldo Piñero
Manuel T. Podestá - Arturo Riva
Rodolfo Rivarola - N. Rodriguez Bustamante
José T. Sojo - Marcelino Torino
Juan Vucetich.

Buenos Aires, Noviembre 20 de 1898.



SUMARIO - Guerra al delito - Dr. Osvaldo Magnasco - La paz de los ciudadanos - Mateo Giliberti
- El suicidio - El principio de una reparación - El regicidio de Ginebra - Reacción fisiológica
- El Jurado - La Prisión - La delincuencia militar en Francia - El crimen del
9 de Julio - Crónica Juvenil - Guia del estudiante - Bibliografía - Estadística - El saludo a
un maestro - Pro-Scientia - Nota de la dirección - Avisos.

M. PATIÑO,
Administrador.

Criminalologia Moderna

Año I.

BUENOS AIRES, NOVIEMBRE 20 DE 1898.

Núm. 1º

GUERRA AL DELITO I

He ahí todo nuestro programa.

En él se reasume, trasmitido como angustiosa herencia de las generaciones á las generaciones el más formidable problema que haya fatigado y aflijido los corazones humanos.

Las inteligencias más agudas, las más selectas almas escrutaron á través de los siglos el océano insondable de la psiquis humana. Del trabajo ímprobo solo quedaron algunas fosforescencias, y contra esta manifestación anti-social de las actividades individuales que se llama delito, todos los estudios del pasado apenas si consiguieron construir el frágil dique de los códigos penales, donde bate sin detenerse jamás la turbia marea de la criminalidad.

Cuál es el faro que en el proceloso amontonarse de las olas, ilumina el derrotero seguro de tan melancólico mar?

La ciencia, la fuerte y serena investigadora de los hechos; la ciencia moderna con su brújula infalible; la indagación positiva de los fenómenos de la vida objetivamente considerados, sin apriorismos, sin fórmulas preconcebidas, — he ahí el faro.

Considerar el delito frente á frente, no solo como abstracción jurídica, sino también como hecho real, como expresión patológica de una enfermedad quizá esporádica ó bien epidémica y contagiosa cuyas causas, ya se encuentren en el individuo, ya en el ambiente, deben juzgarse no con la aridez metafísica de justiciero, sino con el ojo amante de los estudiosos en la clínica social.

No es otro el rumbo científico que entendemos imprimir á esta nueva publicación.

Cada uno de nosotros aportará la contribución de las observaciones vivas, directas deducidas no de concesiones subjetivas de nuestro espíritu, sino con la palpitante y sugestiva elocuencia de los hechos con

relación al fenómeno de la criminalidad, á las causas que la determinan y á la profilaxis que los progresos científicos aconsejan entre este mal moral y social de que nace el delito.

Trataremos de acumular empeñosamente materiales sólidos y completos en lo posible que puedan luego servir de fundamento á mas vastos estudios orgánicos que la moderna criminalologia tiene derecho á esperar de las inteligencias y energías investigadoras de este joven país al que trasmigran del viejo mundo no solo las actividades creadoras en el bien, sino también las actividades suminosas del hombre contra el hombre.

Haremos de esta publicación una palestra libre de los ingenios juvenes — hay á veces juventud intelectual en la edad madura, y vejez mental en la adolescencia.

Deseamos que los maestros en la nueva dirección científica de las disciplinas penales de Europa hagan converger su gallarda genialidad de espíritus innovadores hacia nuestra revista, con la obra adelantada y fecunda de la pléyade de criminalistas argentinos y del mundo jurídico de la América latina, ya que esta Atenas del Sud está llamada á ser el polo intelectual de aquella.

Escribiremos, no solo para los estudiosos de derecho y ciencias sociales en sus relaciones con la criminalología, sino también para todos aquellos que desean conocer la trágica realidad de la vida criminal y estudiar de cerca el proceso de la perversión antropológica y moral en las causas profundas é infinitas que jeneran al delincuente ó preparan socialmente las condiciones fatales á la producción del delito.

Escribiremos para aquellos que con el estudio de la legislación penal comparada en los pueblos civilizados; con la confrontación de las estadísticas criminales y las diferencias étnicas de la delincuencia, quie-

ran formarse un juicio exacto de la moralidad media de un pueblo y de su índice negativo que es el delito.

Creemos trabajar en esta obra por la ciencia y por la sociedad que, si tiene la razón jurídica de defender contra toda lesión los derechos individuales y colectivos, tiene también la obligación de suprimir ó atenuar, estudiándolas á fondo, las causas generadoras ó estimulantes de la criminalidad.

LA REDACCION

Dr. Osvaldo Magnasco

Si en el campo de las observaciones sociológicas es un fenómeno constatado el desequilibrio persistente entre el progreso de la legislación y el grado de adelanto general de un país, de tal modo que entre todas las manifestaciones de la civilización, el derecho positivo es la más estacionaria, — creemos que en ninguna parte este fenómeno es más visible que en nuestro propio país.

El problema de la codificación, especialmente en la



OSVALDO MAGNASCO

rama penal, y la organización de las instituciones judiciales que son las grandes columnas del equilibrio social — apenas si ha sido planteado entre nosotros.

Gravitamos aún sobre fuerzas muertas, escuelas y principios calcinados para siempre por el adelanto científico moderno, de manera pues que el edificio de nuestra or-

ganización jurídica vacila sobre los cimientos de ceniza de aquella calcinación.

La reforma legislativa conforme al estado actual de las ciencias positivas; la reorganización de la enseñanza universitaria sobre bases más sólidas y racionales, dentro del sistema libre y autonómico; el establecimiento del juicio por jurados que es entre nosotros un moroso débito constitucional; el estudio de más eficaces regímenes penitenciarios; la fundación de manicomios criminales, — tales son, entre otras, nuestras más premiosas necesidades actuales en esta rama administrativa y cuya satisfacción se impone de hoy más.

El problema es vasto y apremiante. Pero está llamado á resolverlo un espíritu joven y emprendedor, un intelectual que deja la cátedra universitaria en la Facultad de Derecho para ocupar el Ministerio de Justicia é Instrucción Pública, y cuya sólida preparación y práctica institucional constituyen la mejor garantía de un éxito fecundo y eficaz.

Tal es lo que con fundamento esperamos del nuevo ministro, y como justo homenaje al hombre que tales condiciones reúne, nos hacemos un deber en dar á la publicidad en el número inaugural de «Criminalologia Moderna» el retrato del Doctor Osvaldo Magnasco, simbolizando en él el progreso científico que su nombre representa para el país, ya que empeñados como estamos en una obra grande de adelanto y propaganda científica, habremos de cooperar también con nuestro grano de arena al vasto edificio en construcción.

La paz de los ciudadanos

Cuanto se han ocupado del estudio exegético del Código Penal de República, han advertido, sin duda, las deficiencias sensibles que presenta la legislación del delito de «Amenazas y Coacciones» que consagra las sanciones penales de los ataques contra la paz de las personas.

El derecho á la paz, sin embargo, es el más precioso de todos los derechos. Para los individuos, como para las naciones, la paz es el primero de los beneficios y la más grande de las necesidades. Es el elemento integral del goce completo de todos los demás derechos consagrados por el derecho esencial, — ó natural si así quiere llamársele — y reconocidos y declarados por las cartas constitucionales como otras tantas garantías individuales.

El derecho á la paz individual, es, en otros términos, el derecho al goce tranquilo del patrimonio político del ciudadano.

En garantizar y asegurarlo por todos los medios, estriba la más elevada misión del Estado. Es la que consagra la razón de ser fundamental de su existencia. Sin la garantía de la paz, no es posible afianzar la justicia, el primero de los propósitos consignados en el Preámbulo de la Constitución Nacional.

Hay, pues, una perfecta correspondencia entre el imperio de la justicia y la garantía de la paz individual. Si el derecho sólo existe allí donde se observa «el límite necesario de las actividades coexistentes», según el concepto experimental de Enrique Ferri, la paz de los ciudadanos sólo impera, allí donde el Estado ejerce, «esa coacción universal que garantiza la libertad de todos», como tan profundamente lo ha observado Kant. Paz y Justicia, pues, unidas inseparablemente, constituyen á justo título, el anhelo supremo de todos y cada uno.

Y estos trascendentales objetivos revisten de

suyo tal importancia como fines primordiales de la misión del Estado, que no puede él limitarse á afianzar la paz; debe ir aún más allá: debe garantizar á todos el concepto de su inviolabilidad. Es precisamente en el amparo de esa imperturbable conciencia pública de la garantía de todos los derechos que el Estado llena el alto fin de la tutela jurídica; y es en virtud de esto mismo que el delito afecta siempre el derecho público, aún prescindiendo de la lesión inferida al derecho del particular directamente ofendido.

La incriminación de las amenazas y coacciones, responde directamente al pensamiento de la garantía de la paz individual en la convivencia social.

No entra en los propósitos de este artículo, la tarea de espigar analíticamente el contenido de los cinco artículos que constituyen la legislación del delito de amenazas y coacciones en el Código Penal. El significado propio de cada una de estas disposiciones y sus justos alcances jurídicos se encuentran claramente determinados en las obras de exposición y crítica tanto de nuestro Código penal, como del Código Español de 1850 de donde han sido tomadas truncamente y con indigente criterio científico. Por lo demás, el asunto no origina de suyo mayores dificultades.

En nuestro excelente Rivarola, pueden recorrerse rápidamente, los escasos puntos que suscitan algunas observaciones. De no ser el absurdo criterio establecido como regla de represión del delito, bien poco quedaría por decir en cuanto legisla el Código á su respecto.

No podría decirse lo mismo respecto de ciertos hechos, estrechamente vinculados con esta materia que indudablemente revisten caracteres delictuosos, y respecto de los cuales buscaríase en vano la disposición que los califica de delitos y los sanciona con una pena.

Queremos ocuparnos exclusivamente de este género de hechos, y á ello responde precisamente el propósito de este artículo.

Se trata de hechos como los siguientes que cito por vía de ejemplo. Se da á la publicidad una carta, sin el consentimiento de su autor, por parte de la persona á quien ella fué dirigida, ó de un tercero á quien este último lo facilita para ese objeto. La carta encierra ó no la revelación de hechos ó las apreciaciones de juicios que deben mantenerse en secreto. Pero cualquiera sea su contenido, la verdad es que no ha sido la mente ni la voluntad de su redactor que se le diera publicidad. La carta es como la conversación á la que ella imita: comprende las manifestaciones de los juicios íntimos, que no se exteriorizan en esa forma para ser lanzados á los cuatro vientos de la publicidad.

Y sin embargo, la publicación de una carta puede en muchos casos constituir un arbitrio compulsorio que obligue á una persona á obrar contra su voluntad en un sentido determinado. Aun cuando no encierre secretos, no puede desconocerse que la publicación de juicios vertidos — quizás con mucha anterioridad — sobre los hombres, las cosas ó los hechos, cuando el conjunto de las circunstan-

cias que rodeaban los acontecimientos de la época eran completamente distintos de la actual, puede armar al poseedor de la misiva de un excelente instrumento de presión moral, para inducirlo á la acción en una vía ineludible, ó para vengarse despiadadamente de los actos ya cumplidos... *Verba volant, scripto manent.*

¿Cuál sería, mientras tanto, la sanción de nuestro Código Penal para un caso semejante?

Nada más natural, como acto de primera intención, que acudir al capítulo que trata del « Descubrimiento y Revelación de Secretos ». Nada se encuentra en él, sin embargo, que enuncie la previsión, siquiera por implicencia, de este acto delictuoso.

El Código califica exclusivamente como delito el apoderamiento de cartas de tercero, el descubrimiento de invenciones ó procedimientos industriales y la divulgación de secretos efectuada por los administradores, los dependientes y la parlara mucamería.

Fuera de estos casos ningún otro acto de divulgación incrimina el Código.

¿Existe, mientras tanto, un verdadero delito en el caso que hemos señalado, á manera de ejemplo?

No es dudoso que aún en el caso en que la carta no contenga en realidad secreto alguno, su publicación antojadiza envuelve algo más que la violación de las más elementales reglas de buena crianza y discreción; puede acarrear perjuicios notorios á su redactor, dispuesto á descorrer el velo de sus pensamientos íntimos tan sólo para con su corresponsal, pero en manera alguna para que este se constituya en necio divulgador de sus confidencias; lo expone, en una palabra, á hacerlo sentar plaza de inconsecuente y falto de carácter, y eso cuando no se le inflige desagradados mayores, si los juicios de un tiempo no armonizan con los actos propios del presente.

En otros términos, la publicación de una carta como esa, importa para el poseedor el *ejercicio arbitrario del derecho* que tenía para enterarse de su contenido.

Casos como el citado se repiten por desgracia con demasiada frecuencia en nuestra vida contemporánea, eminentemente indiscreta y chismosa.

El periódico estimula considerablemente esta rabia famélica con que se persigue el relato de la noticia, de la historieta ó del incidente personal.

El brinda todas las mañanas, con la taza del desayuno, la narración picante de los accidentes pequeños ó grandes de la vida individual; y en las charlas repetidas del día, en esta vida moderna de tantos contactos, se bordan infatigables los comentarios mil sobre estas mudables canavás. Al día siguiente, nuevos *faits du jour* desalojan de su plano á los de la víspera.

La sonata turca ha apagado sus voces y apenas se oyen lejos, muy lejos, sus últimos ecos. Pero el perjuicio acarreado á las personas con estos relatos indiscretos, la tranquilidad perturbada, la paz de las familias hollada por esta irrespetuosa chismografía, eso queda flotando en el naufragio de las reputaciones.

Los ejemplos podrían repetirse á granel; todos recordarán todavía esa descomunal pelea de buitres en la que los empresarios, titulados decorosamente de *pompas fúnebres*, mostraron *urbi et orbe* el segundo patio de la casa. La *trenzada* fué soberbia: pusieron la flor á la regadera... y quedaron flamantes!

Pero no insistamos en los *casos*. Caeríamos en la *cojera* que criticamos. Nos apremia llegar á la generalización científica, único aspecto bajo el cual estos asuntos pueden revestir un interés legítimo.

Cuando se ha establecido como un principio axiomático de la organización política de la sociedad que le está prohibido á cualquiera hacerse justicia por sí mismo, cuando se ha declarado como una de las tantas garantías constitucionales el precepto de que nadie está obligado á hacer lo que la ley no manda, ni privado de realizar aquello que la ley no prohíbe, es de todo punto necesario afianzar estas declaraciones generales por medio de una legislación previsoría que los transforme en beneficio de todos y de cada uno, en una realidad inviolada de la vida de sociedad.

No es dudoso que los cinco artículos del capítulo de las « Amenazas y Coacciones » legislan la materia con sobrada deficiencia.

Aún cuando no se ejercite violencia física ó presión moral, es fácil perturbar la paz de las personas é inducirlos á obrar en un sentido diverso del de sus deseos y propósitos, por medio del *ejercicio arbitrario* del propio derecho: un acto semejante que ataca la tranquilidad individual, merecedora del respeto de todos, debe ser objeto de incriminación.

Se siente, entonces, la necesidad de un precepto legal que disponga lo siguiente:

« Será castigado con la pena de todo aquel que, sin ejercitar violencia física ó moral contra una persona ó imputarle hechos que revisitan las condiciones de la injuria, perturbe arbitrariamente la paz de las personas por medio de hechos, escritos ó publicaciones abusivas ».

Sólo así se habrá hecho efectiva la garantía de la tranquilidad individual, poniéndose coto una vez por todas á las extralimitaciones despiadadas de aquellos que no temen arrojar como pasto de la maledicencia pública á la reputación y buen nombre de las personas.

OSVALDO M. PIÑERO

Mateo Giliberti

Uno de los tipos sumamente característicos é interesantes al estudio de la antropología criminal, es por cierto Mateo Giliberti del cual se ha ocupado ultimamente la prensa bonaerense, con motivo de su evasión de la cárcel Penitenciaria, efectuada por lo medios mas sencillos y sin embargo mas eficaces para asegurar el resultado propuesto.

Desgraciadamente poco nos ocupamos aquí de esta ciencia que despierta en Europa el mayor interés; que influirá sobre el progreso del derecho penal — hay que esperarlo por lo menos — y que

llegará á establecer, bajo mas exactos principios, la responsabilidad del hombre que viola la ley penal.

Este estudio que tiene por base la observación y la comparación racionales, se hace limitar aquí á los sujetos encerrados en las casas de salud; y para llegar á obtener que el presunto criminal deje su celda y se confie al facultativo, se requieren hechos y circunstancias de una gravedad tal que revelen la existencia del desequilibrio manifiesto, hasta para los que solo conocen de la locura el simple nombre y los caracteres comunemente evidenciados.

Esto no obstante, pienso que un estudio y una observación diligente sobre los elementos fisiológicos y psicológicos de la criminalidad, debiera hacerse tambien en las cárceles de prevención y de pena, independientemente de los casos en que la observación y el examen sean provocados por circunstancias especiales que revelen *prima facie* a existencia de un desequilibrio ó de una degeneración palpable.



MATEO GILIBERTI

Por mi parte, y aún cuando no conozca de esta ciencia mas que los principios elementales siempre que he tenido que ocuparme de una defensa criminal, he dedicado horas y horas para darme exacta cuenta de las razones que habian impulsado al sujeto á violar la ley y á cometer el delito; y como se concibe, Mateo Giliberti fué tambien para mí, objeto de una especial observación; y á medida que estudiaba los actos de su vida, su modo de juzgar, sus acciones, sus aspiraciones y facultades, me despertaba mayor interés y estímulo para seguir adelante en el estudio y la observación.

El retrato que insertamos solo puede dar al lector una idea ó impresión general de su conjunto y parecido, pues á fuer de aficionados, no hemos hecho mas que reconstruir de memoria y en la posible fidelidad, la fisonomía de este tipo que tantas veces nos ha impresionado.

Fisiologicamente, Giliberti revela todos los elementos que, segun los maestros de la ciencia, acusan al criminal nato.

Cerebro desproporcionado y deforme; frente baja y ancha; ojos profundos, móviles, expresivos, de mirada siniestra y sin embargo dulcísima por momentos y especialmente cuando la conversacion recae sobre su mujer ó sus hijos, pues en él existe sumamente desarrollada esta especial facultad afectiva. Nariz gruesa, con ventanas dilatadas; orejas grandes y puntiagudas; labios carnosos y sensuales; dientes blancos, pequeños y agudos; mandíbula desarrollada; pómulos prominentes; cabello abundante y áspero; barba muy poblada y que le cubre las mejillas casi por completo; cuello de toro; cargadas y anchas espaldas; pecho desarrollado y muy velludo; brazos y piernas desproporcionados; mano ancha con dedos cortos de uñas hundidas; temperamento excesivamente sanguíneo.

Todo esto explica sus anteriores condenas y la acusación que actualmente pesaba sobre él, siempre por delito de homicidio. A pesar de ello, este hombre, para quien le observara atentamente, no inspiraría temor; yo lo habría tenido á mi lado sin precauciones, porque en el estudio de los antecedentes de sus delitos se encuentra siempre un móvil que si nó los justifica, por lo menos los explica, y por consiguiente el delito es en él efecto de una causa que suprimida aleja toda posibilidad de delinquir. Giliberti mató por celos, por odio, por exceso de defensa; nunca por robo ó por cobardía; en su vida cumplió acciones generosas y puso en peligro su existencia en defensa de los débiles.

Fué soldado valiente en el ejército italiano, prestándole sus servicios con honor y lealtad. Su afán incesante era la familia, su mujer y sus tierros vástagos que necesitaban de su trabajo.

Mi convicción pues, es que si Giliberti ideó su fuga, ayudado especialmente por su esposa quien en esta ocasion demostró relevantes cualidades de inteligencia y de prudencia, -- no fué tanto por el instinto natural del hombre á la libertad, como por el deseo de reunirse á su familia, y gozar de su afecto conservándola á su lado, á precio quizá de grandes sacrificios y tal vez de nuevos delitos para suprimir á los que intentaran oponerse á esta aspiración que es necesario comprender para admitir.

Si bien la cultura intelectual de Giliberti deja mucho que desear, no le falta sin embargo un instinto especial de agudeza y penetración que se revela en la intensidad y movilidad de la mirada y que se confirma por la combinación y el éxito de su plan de evasión, fruto de una premeditación larga y complicada con relación á las distintas fases del procedimiento usado y que es del dominio público, por la crónica de la prensa diaria que ha referido ese plan en sus más numerosos detalles.

Concluyo afirmando que Mateo Giliberti, aun cuando pertenezca á una de las tantas categorías de degenerados, aunque sea un criminal nato, podrá sin embargo, si la suerte le aleja de las circunstancias que lo llevan al delito, ser todavía un elemento de producción para su familia y para la sociedad.

LUIS H. ALBASIO

El Suicidio*

SELECCIÓN NATURAL Y SUICIDIO — CIVILIZACIÓN Y SUICIDIO — PAPEL DE LA SUGESTIÓN EN LA MUERTE VOLUNTARIA — CAUSAS DEL SUICIDIO SEGÚN M. TARDE — EL SUICIDIO EN BUENOS AIRES — LA TEORÍA DE FERRI SOBRE LA MARCHA INVERSA DEL HOMICIDIO Y EL SUICIDIO — LAS SUICIDAS — CAUSAS GENERALES DE SUICIDIO SEGÚN LA ESTADÍSTICA POLICIAL — INFLUENCIA DE LOS VIENTOS REINANTES — SUICIDAS QUE SABEN LEER Y ESCRIBIR — EL USO DE LAS ARMAS DE FUEGO — CONCLUSIONES.

La ciudad de Buenos Aires tiene ya el triste privilegio de proporcionar á los estadígrafos una cifra comparada anual de suicidios superior á la de Londres, la ciudad de los nieblas.

La primera pregunta que se ocurre es la relación que puede haber entre este fenómeno y nuestra organización social. Las demás, relativas al clima, á los vientos reinantes, á la raza, igualmente interrogadas en diversos puntos de la tierra, quedan aún sin contestación definitiva. Tan difícil es saber cual de las causas fisis-psicológicas se lleva la palma trágicamente sangrienta.

¿Será el suicidio, según pretende una rama del darwinismo un mero resultado de la lucha por la vida, un simple hecho de selección, algo de lo que pasa con las razas inferiores?

Cuando se piensa en el doble suicidio del príncipe heredero de Austria y de la hermosa María Vetschera, ó se recuerda al infortunado presidente de Chile, ó el heroico abandono de la vida entre los republicanos de la Roma antigua, se ocurre la objeción de que, por lo menos, la selección tendría en tales casos mucho de imperfecta sino fuera además la suprema injusticia de la naturaleza.

Las consideradas razas inferiores, extinguidas al contacto de la civilización occidental en algunas partes del planeta, los tahitianos, los negros de casi todas las repúblicas hispano-americanas, desaparecidos, pudieran atestiguar la existencia de una Némesis de los inadaptables, si la guerra, el alcoholismo, las enfermedades contagiosas que acompañan á nuestra raza superior no bastaran á explicar el hecho de una manera abrumadora.

M. Caro, y con él toda una legión de sociólogos y estadígrafos, conviene en atribuir á la civilización una influencia creciente y directa en la producción del suicidio. Las civilizaciones amarillas del Asia también lo demuestran, de creer lo que se escribe sobre el escaso valor atribuido á la vida en aquellas regiones. El suicidio religioso de la India, el suicidio político de los romanos, las melancolías germánicas que acaban en el auto-homicidio con una frecuencia pasmosa, comprueban cuánto es á este propicio el ambiente civilizado.

Buenos Aires misma acusa un 83 o/o de personas que saben leer y escribir entre sus suicidas. Parece pues una demostrada verdad que el mayor desenvolvimiento del hombre lo llevara de un modo fatal al encuentro de la muerte voluntaria. He aquí una tesis digna por todos extremos de llamar la atención.

No puede negarse que el mayor número de placeres que la civilización nos brinda trae aparejada una equivalencia de dolores; tampoco puede negarse el desarrollo creciente de la locura; pero ¿es dable imputar á la civilización aquella mortal tendencia del espíritu?

A nuestro juicio se carga á la civilización una deuda que en realidad debería atribuirse á sus deficiencias, al

desequilibrio entre los progresos materiales y los progresos morales. Por nuestra parte no vacilamos en sostener que la fórmula « á mayor grado de civilización, mayor número de suicidios », carece de valor absoluto y sólo podría referirse en todo caso á una determinada etapa de la civilización, á la actual por ejemplo, no á la civilización en su concepto amplio y general.

De otro modo no valdría la pena salir de las penumbras de la barbarie y casi sería mejor retornar á ella, si el progreso en lugar de mejorar la suerte de los humanos y asegurarles una existencia más en armonía con sus aspiraciones, acrecentara la desesperación y el dolor.

La civilización está constituida por un conjunto tal de factores transitorios y permanentes, tan íntimamente ligados, que parece imposible desentrañar los que producen estos ó aquellos efectos. De ahí que muchos al tratar del suicidio lo refieran á todos á la vez, es decir, á la civilización misma.

Pero téngase presente que el egoísmo individual y colectivo, el amor propio no mitigado por diez y nueve siglos de cristianismo mal interpretado, los monopolios industriales y comerciales, la mala organización económica de la humanidad, los fraudes de toda especie, la exageración de los motivos, la imitación, la herencia, los dolores físicos y morales, el tedio de la vida, la malevolencia, el alcoholismo etc., que entrecruzándose forman el sendero por donde se huye de la existencia, no son, en definitiva, otra cosa que defectos inherentes al hombre y males que han ido creciendo á la sombra de la civilización, así como á la sombra de los grandes árboles suelen crecer plantas venenosas.

La pérdida de la fe religiosa, debida en gran parte á la divulgación de conocimientos que no todos entienden y á los que dan sin embargo un valor decisivo; la semi-ciencia que hace soñar con merecer una mejor ubicación social á muchas almas débiles y vencidas, y en consecuencia achacar su fracaso al hecho de no ser comprendidas ni tratadas con equidad; las ideas sobre el honor en la mujer; las injusticias sociales; el triunfo del dinero, de la audacia y de la mediocridad; la facilidad de adquirir armas y venenos; el ejemplo de la muerte voluntaria divulgado en el teatro, en la prensa, en las novelas, presentado á veces como solución única á las bancarrotas del orgullo, de la fortuna y del amor; la lucha para ocupar las primeras posiciones, en la que salta y se pone de relieve todo el lodo que encierran ciertos pantanos pestilenciales, llamados criaturas humanas; la difamación civil y política, y sobre todo la política, que hacía descender los rayos de doscientos mil odios sobre las cabezas augustas de Sarmiento y Avellaneda, para no citar sino ejemplos de nuestro medio ambiente; la vanidad que, si en el salvaje suele satisfacerse con la ostentación de la propia fuerza ó la del cuero cabelludo de algún enemigo muerto, conduce al civilizado entre otras cosas al hambre y á la sed de lo supérfluo, y para aplacarlas, al juego, á las deudas, á las indelicadezas, á las trampas, á las deslealtades, á los delitos calificados ó nó, á veces al crimen, y en último término al suicidio; el considerar la vida como un instrumento de placeres; el desnivel existente entre lo que se es y lo que se quiere ser; el inmoderado deseo febril de las riquezas, que hace que el hombre le niegue un préstamo sin garantía á su más íntimo amigo, tal vez para reponer dinero de que ha dispuesto sin previsión é indebidamente; todo ésto es imputable á la civilización ó á sus deficiencias y á la falta de probidad y

benevolencia colectivas? Ella dependerá del sentido que se dé á la palabra civilización.

Si quiere decir mayor cantidad de placeres, la civilización es culpable de todos los crímenes; si quiere decir perfeccionamiento, no lo es.

Aclarar lo diferencial de esta proposición sería materia de largos desenvolvimientos.

En cuanto al hecho bien triste de presentar Buenos Aires un mayor tributo que Londres al « Minotauro del suicidio », se explica por ser su civilización más deficiente é incompleta que la de la capital británica, y además por la ley de inversión entre la emigración y el suicidio, observada y comprobada por M. Legoyt y que M. Tarde acepta sin reservas, expresándose al respecto en esta forma: « En Dinamarca el suicidio disminuye de año en año á medida que la emigración aumenta; la emigración en Inglaterra es muy grande, y él no abunda. En Francia ocurre precisamente lo contrario. En Alemania, el acrecentamiento excepcional de los suicidios, de 1872 á 1878 coincidió con la disminución progresiva de la emigración. He ahí, sin duda, una relación fácil de comprender, una relación inversa no fortuita, que no podría existir, en efecto, en la vida social, sino entre dos corrientes de actividades complementarias la una de la otra, es decir, que respondiesen á una misma necesidad por vías diferentes.

Que un desgraciado, al cabo de grandes privaciones ó tormentos, emigre por no matarse, ó se mate por no poder emigrar, es cosa que se comprende muy bien ».

De donde resulta para nuestra ciudad que el suicidio tiene que ser en ella muy grande, proporcional á la inmigración, por lo mismo que es inverso á la emigración, aunque en el primer orden queden atenuadas y debilitadas las relaciones.

Los que emigran de su país por no suicidarse, ya traen el germen, la sugestión del suicidio; y si al llegar aquí no encuentran la realización de sus sueños de ventura, si siguen sintiéndose desgraciados, impotentes y perseguidos por una para ellos ineludible fatalidad; si contemplan el cuadro de sus miserias y la fácil opulencia de muchos de sus compatriotas, es natural que algunos hagan en América lo que hubiesen hecho en Europa: matarse. Y resulta tanto más justificada esta tesis si á una serie de fracasos, ó la nostalgia, á los compromisos contraídos á que no pueden dar cumplimiento, al despecho, á la falta de amistades, se agrega la carencia de homogeneidad social: vínculos políticos, religiosos, idiomáticos etc., que siempre facilitan la vida de relación, y determinan con mayor energía la ayuda mútua, extendiendo á la vez la esfera de la simpatía.

El papel que la sugestión mental y moral desempeña en la producción de la muerte voluntaria ha entrado ya en los dominios de la observación.

Sabemos que en un teatro un aplauso aislado puede dar ocasión á una tempestad de aplausos, no siempre oportunos: que un silbido puede ser seguido de otros mil. Bastará para ello que el público no esté prevenido y se sienta algo predisposto.

Estamos lejos de atribuir á la sugestión un valor determinativo no limitado.

Una bandada de aves de corral que se agazapa azorada en presencia de un ave de rapiña que ve cruzar por el cielo, experimenta la sensación real de un peligro. Per

si es una sola la que grita para avisar que ve al enemigo común, las otras que huyen y se esconden, sienten el contagio del miedo, y aquí entramos en el terreno de la sugestión, porque hay un temor sugerido, una idea provocada, transmitida á las demás y aceptada sin examen. El miedo que es la sensación del peligro; ó simplemente su representación, se ha transmitido, ha pasado de un ejemplar á otros, como la electricidad por inducción: la sugestión está realizada.

Del punto de vista del contagio mental no es posible negar el fenómeno. El fenómeno mental, no obstante, es distinto del fenómeno volitivo, aun cuando éste llegue á ser una consecuencia de aquel, y esa distinción permite que la sugestión pueda ser desobedecida. Únicamente cuando el *terreno psíquico* está preparado la sugestión es realizable.

Hechas estas salvedades entremos en terreno más firme. Todo hombre es susceptible de llegar á ser criminal ó suicida: la cuestión estriba en saber si puede evitar ó no el serlo.

La escuela que explica el crimen por motivos de orden sociológico respondería afirmativamente, y recordaría de paso la carga de prejuicios del inmenso pasado; la que la explica por razones fisiológicas os diría que es imposible evitar la impulsividad por ejemplo, las predisposiciones hereditarias etc. Por de pronto un hábito adquirido es casi invariable. En el hábito está comprendida la imitación, la repetición. Siendo esto así, el kleptómano, el asesino, el suicida no serán sugestionados por una idea habitual?

Nada más fácil que sugerir. D. Quijote sugiere á Sancho, tan contrario al temperamento, á la educación y á las lecturas del hidalgo, la aceptación de sus peligrosas aventuras. Los grandes escritores han presentado el papel de la sugestión, y Hamlet y Horacio y los soldados, viendo desde la explanada de Elsinor el fantasma del rey, padecen el efecto de una sugestión colectiva.

La sugestión para las escuelas médicas no es otra cosa que una idea-fuerza, el acto por el cual una idea se introduce en el cerebro y se hace aceptar por él, tendiendo á la acción una vez sugerida. Cabe, no obstante la autoridad del Dr. Bernheim y otros, preguntar si en realidad la idea simplemente sentida, representada una serie de veces en el cerebro, como un transeunte al principio desconocido pero que termina por sernos familiar, sin que lo voluntad tenga en ello intervención, ó en otros términos, sin que el cerebro acepte ó rechace la idea, no constituye asimismo el fenómeno sugestivo. Aunque evidentemente muy distinta de la sugestión hipnótica, suplementaria del gobierno interior, no es dudosa en materias políticas, religiosas y hasta científicas, la fuerza que cohibe en gran parte la determinación reflexiva. En sustraerse á ella talvez pudiera consistir la libertad. (I)

Muchos casos de sugestión, ó mejor dicho de auto-sugestión, en que el mismo sujeto es á la vez incubo y súcubo, existen en las clínicas, entre los jóvenes estudiantes que se creen tuberculosos; muchos en el mundo

del crimen y con mayor frecuencia entre los suicidas, en el amor, en la vocación, etc, (II)

El suicidio que considerado en el terreno de la moral lleva á su condenación, en el de la simpatía es de todo punto peligroso. No será necesario recordar la garita de los tiempos de Napoleón I, en la cual se matan sucesivamente varios soldados, ni la saga con que se ahorcan uno tras otro una docena de inválidos.

Sabido es que la imitación no sólo se refiere al hecho en sí, sino que trasciende hasta la elección de los medios para consumarlo. la de los parajes, circunstancias, etc. Los suicidios echándose desde los vapores al agua, son frecuentes en la travesía del Río de la Plata; el suicidio del Dr. Alem, caudillo popular de una reacción política, que se mató de un tiro en un carruaje de alquiler, originó lo menos, en la ciudad de Buenos Aires y en poco más de un año, ocho ó diez casos de elección del mismo medio y escenario: el arma de fuego y el carruaje de plaza.

Entre las causas atribuidas al suicidio por el más ingenioso de los sociólogos contemporáneos, M. Tarde, la "debilitación del freno religioso y de los prejuicios tradicionales", ocupa el primer rango. Vienen en seguida el alcoholismo y la multiplicidad de las relaciones.

La última, como se ve, es de una gran indeterminación y sobre todo demasiado extensa.

En cuanto al alcoholismo, en nuestra opinión, por sí solo no explica el suicidio. (III)

Los salvajes y los negros son en general grandes bebedores, y entre ellos es casi desconocido el suicidio y completamente desconocido en muchas tribus, lo que demuestra que de ningún modo, por más perturbadora que sea su acción, el alcoholismo solamente lleva á la muerte voluntaria, á los hombres de ciertos estados y clases sociales y que es necesario buscar algunas condiciones especiales para que aquél pueda integrar las fuerzas que arrastran al ser á la propia destrucción deliberada.

Los ebrios consuetudinarios terminan por lo general en una muerte de otro orden: el suicidio moral, seguido naturalmente de todas las consecuencias fisiológicas inherentes á la intoxicación sistemática. (IV)

Quedaría por aclarar cual de las causas obra con mayor energía.

(II) La severidad de la Iglesia negando la tierra sagrada al cadáver del suicida, si bien parece un acto de inútil crueldad, por tratarse de los muertos que tan lejos se ponen de los vivos, que ya no pueden oponerse á lo que se quiera hacer con sus restos, y es como si estuvieran reclamando nuestro respeto y nuestra piedad, quién sabe hasta donde no fué un remedio contra la enfermedad moral que venimos estudiando.

(III) Nuestro amigo el Dr. Fermín Rodríguez ha consagrado un hermoso estudio médico á la relación que existe entre alcoholismo y suicidio.

(IV) Muchos para delinquir apelan al estímulo de las bebidas alcohólicas. Es probable que ciertos suicidas echen mano del mismo expediente para darse valor. Oradores, examinandos, y hasta generales hemos conocido que para presentarse en público, ante un tribunal examinador ó al enemigo, usaban de ese medio para tener presencia de espíritu. En las guerras americanas fué muy frecuente hacer beber caña con pólvora á la tropa antes de entrar en acción, para enardecerla. Tolstoy afirma en sus «Placeres viciosos», que en el asalto de Sebastopol, todos los soldados franceses estaban borrachos. De este punto de vista el alcohol más bien que una causa es un medio, un estímulo de delito, como puede serlo de mejores hazañas.

(I) Algunos ejemplos que trae el Dr. Maudsley en su atrayente obra «Responsabilidad del hombre en las enfermedades mentales» si bien de carácter vesánico y hasta hereditario, prueban que la misma impulsividad suicida de los locos es casi siempre producto de una idea suicida persistente.

A menudo basta un pretexto cualquiera para empujar al suicidio, tratándose de una tendencia hereditaria; pero donde no aparece el estigma fisiológico transmitido, que por cierto no podemos ir á buscar en compañía de Lombroso entre los salvajes, forzoso será admitir el suicidio como una epidemia moral cuya profilaxia es difícil y cuya intensidad y propagación dependen del estado enfermizo de la conciencia universal.

A este respecto el paralelismo del suicidio y del divorcio, observado por Bertillon, (*Etude demographique sur le divorce et la séparation des corps*) acusa una noción nueva sobre nuestros deberes, sino la ausencia de esa noción y una gran despreocupación por los demás.

El desprecio de la existencia, de sus luchas heroicas, de la misión que le está reservada, parece haber aumentado notablemente.

La falta de objetos altos y ennoblecedores produce la depreciación de la vida y de los mismos placeres que la estimulan, porque, como afirma Taine, "en el fondo lo único verdaderamente bello y dulce en nuestra vida son nuestros ensueños", y debemos confesar con tristeza que la divina enfermedad del ensueño se vuelve cada día más rara. Y de ahí resulta también que los fracasados, ó los simplemente aburridos, se maten con la mayor naturalidad del mundo, como aquellas cuatro adolescentes de que nos hablaba hace poco Marcel Prevost, que se reúnen alegremente, entonan canciones festivas, juegan, beben, si coronan de flores y se marchan de este mundo y entran en la obscuridad de la muerte como á un paseo por los Campos Eliseos. Y ésto cuando los suicidas no agregan á la naturalidad algún chiste póstumo, como un tal Saturnino Moreira que se arrojó al agua desde el vapor *Venus* en la noche del 16 de Noviembre de 1897 y que después de pedir disculpas al capitán por el mal rato, en carta que le dirigía solicitando de paso la entrega de un reloj á la esposa que dejaba viuda, «me arrojé al agua, la decía, por que no puedo sufrir más. Al mismo tiempo no daré trabajo á nadie sino á los pescados que estarán de farra».

* *

En la ciudad de Buenos Aires, á partir de 1881, los suicidios y tentativas acusan una progresión si bien vacilante, asombrosa. El máximo de suicidios comprendidos de 1881 á 1897, coincide con crisis políticas y económicas. Los suicidios y tentativas que en 1881 no pasaron de 30 para los hombres y 6 para las mujeres, al año, siguiente se duplican entre los primeros y se cuadruplican entre las segundas, aumento que no está de manera alguna de acuerdo con el de la población.

En Enero del 1881 la población de Buenos Aires alcanzaba á 327.323 habitantes, lo que dá una proporción de 11 suicidios para cada 100.000 almas. Esa proporción, relativamente baja, se eleva rápidamente. En 1882 los suicidios llegan á 85; en 1883 descienden á 47, para elevarse al año siguiente á 72, cifra que se repite sin alteración el 85. El año 86 cuenta 102 atentados contra la propia vida; el 87 ascienden á 120, para descender 6 unidades al siguiente año y volverse á elevar el 89 á 127 casos; otra baja insignificante en 1890, pero baja aparente y sólo con relación al año que antecede, pues en 1890 (población 511,786 habitantes) la proporción que en 1881 era de 11 por 100.000, se eleva á 24. En 1891 ocurren 150 suicidios y tentativas. El 92, 137; el 93, 146; el 94, 177; el 95, 152. En este año (663.852 habitantes) la proporción se levanta de 24 á 28. Sin embargo no es en ese

año cuando se muestra más espléndida la fúnebre cosecha, sino en la siguiente. En 1896 los atentados que venimos estudiando, alcanzan á 229 y en 1897, (hasta el 15 de Diciembre) á 267; lo que dá para una población de 715.052 habitantes una proporción de 37 o/ooo.

* *

La teoría de Ferri y Morselli, sosteniendo que las marchas del homicidio y el suicidio son inversas, está desmentida por la estadística entre nosotros, estadística de las más incompletas, es verdad, pero por ahora el único elemento que poseemos para inducir cierto número de fenómenos sociológicos.

Bien que con ritmos variables, con ascensos inesperados y descensos sensibles pero que no existen si se engloba un conjunto de años y se comparan entre sí las dos cifras, homicidio y suicidio, siguen una marcha francamente ascendente, y se explica. El carácter egoísta por excelencia del homicidio y el tan diverso del suicidio, que si no es altruista es el menos egoísta de los hechos antisociales y el que no denota, en general, odio á determinada persona, acusan no sólo causas y dirección distintas, sino también imposibilidad completa de transformarse uno en otro, que sería la única explicación satisfactoria de las marchas inversas de estos dos órdenes de efectos.

El número de suicidios y tentativas en los 17 años que estudiamos (1881 á 1897) ha sido de 2188, de los cuales 1640 hombres, 548 mujeres. Como se ve, las mujeres contribuyen con poco más de una cuarta parte al tributo total del auto-homicidio bonaerense, sin duda por ser la resignación mayor en ella que en el hombre; mayor su aptitud para sufrir; menor, quizá, como sostienen algunos; su sensibilidad física; menores sus emociones y sus luchas, sus ambiciones y necesidades; mayor su desconfianza, dimanada de los conflictos amorosos, desconfianza que en presencia de cualquier sugestión constituye su escudo; mayor su religiosidad. En ella las pasiones son más moderadas que en nosotros; en ella el alcoholismo, que puede considerarse una con-causa del suicidio, es raro; en ella la maternidad es un preservativo contra las tentaciones de la muerte voluntaria, y sus afectos más dulces y más puros que los del hombre. De consiguiente, sólo víctima de exasperaciones ó de impulsos extraños, hasta por su menor valor, será capaz de atentar contra la vida.

* *

En Buenos Aires son más los solteros que los casados y más éstos que los viudos, los que se matan y al revés de lo que pasa en Europa, la senectud es muy poco inclinada á buscar en la muerte consuelo á sus males. Esto proviene sin duda de las mayores facilidades de vida, de la libertad casi sin límites para ejercer la mendicidad y también de que la proporción de ancianos es entre nosotros bastante menor que en los pueblos europeos; puesto que la inmigración se compone por lo regular de personas jóvenes, y las grandes corrientes inmigratorias datan de pocos años acá.

* *

Entre las causas de suicidio hallamos en nuestras pobres estadísticas que de los 1524 suicidios y tentativas comprendidos entre 1884 á 1895, inclusive, 120 fueron originados por pasiones; 351 por hastío de la vida, que bien puede involucrar otras tales como alcoholismo, neurosis vesánicas etc.; 149 por enagenación mental; 120 por

dolencias físicas; 23 por alcoholismo; 161 por penuria pecuniaria; 7 por temor de castigos, y ¡593! por causas diversas é ignoradas.

La influencia de los vientos reinantes sobre la muerte voluntaria, no ha sido aquí estudiado hasta ahora. (v)

Los datos compilados acertadamente sobre nuestra climatología son escasos. El libro del señor Gualterio G. Davis "Clima de la República Argentina", que comprende 21 años de observaciones diarias, (3 por día: 7 a. m., 2 p. m., y 9 p. m.) de 1858 á 1878, nos da á conocer en ese lapso de tiempo que el viento más frecuente fué el N., al que siguieron respectivamente el E., el N. E., el S. E., el S. O., ó pampero, el S., el N. O. y el O.

Pero los vientos son sumamente variables en el Plata, excepción del pampero que es periódico, y en cuanto á la duración de los mismos, dista mucho de ser igual cada año.

En lo que se refiere á la estadística del suicidio (véase el cuadro N° 2) sabemos cuantos se han consumado bajo el reinado de los distintos vientos, en los 11 años comprendidos de 1885 á 1895, pero no hemos tenido á mano los datos necesarios para determinar la frecuencia anual de aquéllos.

A primera vista resulta que el N. y el S., el E. y el N. E., á continuación, son los cuatro vientos de la muerte.

De 1452 suicidios comprendidos en los 11 años indicados, 495 de ellos se consumaron mientras soplaban el N y 310 con el S.

El N. cálido y mortificante, es razón que sea considerado como estimulante y predisponente á los hechos de sangre y en especial al suicidio.

Actúa sobre las facultades psíquicas, agría el carácter y produce sensaciones molestas, como el *sirocco* de los italianos y el solano español, que llegan de las tierras ardientes; postra el cuerpo, dificulta las funciones respiratorias, las digestivas, la circulación de la sangre, achata y deprime el organismo.

La influencia del S., fría y cenforante, no tiene la misma explicación ni siquiera tiene explicación, y mucho menos si en los años comprendidos en el cuadro N. 2 ha soplado con tan relativa poca frecuencia, como en los 21 años á que se refiere Davis, en cuyo caso ocuparía el quinto lugar.

El pampero, bastante frecuente, induce a la tranquilidad y despierta el instinto de conservación; es propicio á la vida del hogar y hace sentir con sus fríos y sus furias el amor á la vida, sin las melancolías de los vientos suaves de la primavera.

A pesar de esta digresión no nos hacemos ilusiones acerca de la influencia de los vientos en la marcha del suicidio, salvo la del N. que es indiscutible y la del S. que no se nos alcanza en estos momentos como puede ser tan decisiva y fatal como el mismo N.

El 83 % de las personas que se matan en Buenos Aires, sabe leer y escribir. ¿Quiere decir esto que poseen ilustración?

(V) El joven sociólogo nuestro sabio amigo Dr. Antonio Dellepiane, en una monografía publicada hace cinco años, ocúpase únicamente de la acción de las estaciones, sobre la cual ha establecido una ingeniosa y bella teoría.

No; apenas un ligero barniz. Hay que ver las cartas de los que se van ó quieren irse de este mundo haciéndose oír, para convencerse de la deplorable ignorancia de casi todos esos desgraciados, que si bien conocen la lectura y escritura, carecen hasta de las más elementales nociones de ortografía, llegando algunos al extremo de escribir las iniciales de sus nombres con letra minúscula. Caracteres garrafales, paloteos pueriles, pensamientos incoherentes, pesadumbres groseras, he aquí lo exterior y lo interior de casi todas las cartas de suicidas que hemos examinado. Un acusado de estafa se despidió así de la vida; «Viva u Argentino e egio la misma vigura che mi ermano».

Otro, un tal Agustín Palacios, se mata en Abril de 1897 «Por haber cometido un crimen y por estar aburrido de la vida», á lo que agrega que «Juana tiene la culpa y toda la ropa es para mi hermano Rubén». Estos modelos de elevada cultura son frecuentes en el mundo suicida. Saber leer y escribir, no supone ilustración ni conocimientos: supone simplemente, como dice muy bien el señor Latzina, estar en posesión de un instrumento capaz de llevar á la adquisición de una y otras.

El uso abusivo de las armas de fuego entre nosotros hace demasiado frecuente su empleo en los atentados contra la vida propia y contra la ajena, sirviendo admirablemente á la transformación de muchos actos primos, que pasada su exacerbación no dejarían consecuencias, en hechos de sangre.

El 50 % de los suicidas comprendidos entre los años 1885 y 1895 (véase el cuadro N° 3) apeló á las armas de fuego. Como dato curioso del abuso de éstas, citaremos el caso de Sotero M. Calvo, joven de 19 años que se mató el año pasado en esta ciudad sirviéndose de dos revólvers á la vez: uno de 7 y otro de 9 milímetros.

CONCLUSIONES

1ª. La progresión del suicidio es una resultante de las deficiencias é imperfecciones de la civilización.

2ª. La sugestión mental y moral constituye uno de los factores más enérgicos en la producción de la muerte voluntaria.

3ª. El alcoholismo, por sí solo, no explica el suicidio.

4ª. La falta de homogeneidad social de Buenos Aires ó de cualquier otra ciudad, contribuye á aumentar el suicidio en general y particularmente entre los inmigrantes.

5ª. Lo que más preserva á la mujer del suicidio es la maternidad.

NOTA DE LA REDACCION

El artículo precedente fué presentado por su autor al Congreso Latino-Americano últimamente reunido en esta Capital el cual adoptó, haciéndolas suyas, las conclusiones del Sr. Arreguine quien ha realizado con este estudio un trabajo científico de verdadero mérito y que, inédito hasta ahora, CRIMINALOGIA MODERNA se complace en dar á la publicidad.

NÚM. 1.

*Suicidios y tentativas de suicidio ocurridas en Buenos Aires,
desde 1881 á 1897.**

Años	Suicidios y tentativas	Hombres	Mujeres
1881	36	30	6
1882	85	61	24
1883	47	40	7
1884	72	54	18
1885	72	56	16
1886	102	75	27
1887	120	90	30
1888	114	99	15
1889	127	100	27
1890	125	106	19
1891	150	118	32
1892	137	110	27
1893	146	102	44
1894	177	123	54
1895	182	126	56
1896	229	166	63
1897	267	184	83
	2188	1640	548

* Dadas las deficiencias estadísticas, la ocultación de no pocos suicidios por las familias timoratas, y dados asimismo los que se ignoran, creemos discreto agregar un 5 %, á los conocidos de una manera oficial.

NÚM. 2.

Suicidios y tentativas.

Vientos reinantes en el momento de efectuarse.

Años	N.	S.	E.	O.	N.E.	N.O.	S.E.	S.O.	Total de suicidios ó tentati- vas
1885	17	12	8	14	4	8	6	3	72
1886	15	17	13	16	12	14	6	9	102
1887	40	22	15	13	11	8	6	5	120
1888	34	7	14	15	7	10	9	18	114
1889	23	17	8	6	40	7	19	7	127
1890	22	16	13	13	36	13	8	4	125
1891	22	24	25	18	23	20	12	6	150
1892	60	48	14	4	2	5	2	2	137
1893	99	46	1	0	0	0	0	0	146
1894	96	50	16	10	2	1	2	0	177
1895	67	51	38	7	12	3	1	3	182
	495	310	165	116	149	89	71	57	1452

NÚM. 3.

*Suicidios y tentativas ocurridos desde 1885 á 1895
y número de veces que se hizo uso de las armas de fuego
para su consumación.*

Años	Suicidios y tentativas	Número de veces en que se hizo uso de armas de fuego
1885	72	32
1886	102	45
1887	120	57
1888	114	56
1889	127	67
1890	125	78
1891	150	90
1892	137	77
1893	146	68
1894	177	79
1895	182	84
	1452	733

VICTOR ARREGUINE.

El principio de una reparación

Los últimos telegramas de Europa anuncian que la Corte de Casación de Francia ha resuelto, en principio, la revisión del proceso Dreyfus.

No pretendemos prevenir los acontecimientos, pero a juzgar por el teje y maneje tenebroso de los entretelones militares, pocas veces la justicia humana se habrá encontrado en tan serios apuros en contra de todos los poderes más fundamentales del Estado, como en esta ocasión en que la reapertura de la monstruosidad judicial que fué el proceso Dreyfus ante los jueces militares, se resolverá en un verdadero y formidable acto de acusación contra el Estado Mayor del Ejército Francés y contra los que fueron sus instrumentos pasivos.

Hemos de ver, aún, esa misma multitud que injuriaba á Picquart y á Zola el heroico, el celoso batallador de la pluma, y que aplaudía como salvadores de la patria á aquellos vulgares delincuentes Estherazy y Paty du Clam — con la acostumbrada volubilidad de las masas inconscientes — preparar el triunfo al infeliz galeote de la Isla del Diablo encanecido en la tremenda lucha contra una coalición de perversidad, odios é intereses, y confinado á las soledades de aquellos arrecifes perdidos en la inmensidad del océano, á redimir culpas que no son suyas.

Pero aunque tarde, bien venido sea el día de la reparación á la injusticia en nombre del honor y de la dignidad humana.

El regicidio de Ginebra

Sobre este hecho que tan profunda impresión ha despertado en el mundo civilizado, después de cuanto ha dicho la prensa diaria, no nos ocuparemos por ahora sinó bajo un punto de vista nuevo y con referencia á detalles inéditos que hemos obtenido de nuestros corresponsales en Europa.

Damos en primer lugar una reproducción exactísima de la fotografía — inédita también — que Luis Luccheni el matador de la Emperatriz de Austria se hizo sacar en Nápoles en 1897.

Viste el uniforme de soldado y ostenta la medalla de la campaña de Africa.

Como es facil constatar, las líneas de la fisonomía no presentan asimetrías notables, perteneciendo Luccheni, como todos los violentos políticos, á la categoría de los delincuentes por pasión con fondo epiléptico.

DATOS BIOGRAFICOS.

Creemos interesante para nuestros lectores, estractar aquí algunos párrafos de una carta que hemos recibido de un distinguido abogado y corresponsal en Parma donde Luis Luccheni pasó su infancia:

El regicida nacido, como se sabe de padre desconocido y abandonado por su madre á un tal Fernando Monice, zapatero, pasó sus primeros años en Parma en el pueblo de Borgo, entre Monice ebrio consuetudinario, la mujer de este, licenciada en su juventud y también dada á la bebida en su vejez, y un hijo de ambos tan bebedor como el padre, cuya familia, como se vé, no era una compañía muy educadora para el infante.

Personas que han conocido á Luccheni cuando niño, nos aseguran que era epiléptico y de inteligencia poco despejada.

Hasta el año de 1881 no había asistido nunca a la escuela, ni ejercido otro oficio que el de vagabundo de la vía pública.

El *Gamin* hijo del azar y de la miseria era conocido con el apodo de *Pichón*.

El viejo Monice, su mujer llamada Monichetta, y su hijo Luis han muerto; la segunda que había seguido á Barcelona á uno de sus hijos, zapatero y cantante de tercer orden, llevaba con ella á su suegro, un mendigo de profesión.

El pequeño vagabundo vivía en esta extraña sociedad — los más de los días sin comer ó comiendo mal, vestido con la ropa sucia y vieja de Monice á quien llamaba *nonno* (abuelo, en dialecto) hurtando á veces algunas frutas á los verduleros del barrio, y jugando « a los bandidos » esperaba ansioso la caída de la

tarde para salir al encuentro de la *nonna* que volvía del servicio trayéndole algún mendrugo de la mesa.

*
* *

Su infancia y su adolescencia se deslizaron entre una atmósfera gris y melancólica.

Su vida de soldado, que fueron quizá los años menos tristes que pasó, se distinguió por una conducta ejemplar — como lo ha declarado De Vera de Aragon que lo tuvo á su servicio. En tales condiciones



LUIS LUCCHENI

era excepcional el afecto que profesaba á los hijos de su patron.

A fines de Marzo del corriente año, Luccheni dejó el servicio diciendo que no había nacido « para ser servidor ».

A partir de ese día, la vida del futuro regicida fué una incertidumbre, una verdadera miseria, un sufrimiento continuo. Así lo prueban las cartas llenas de dolor que hacía fines de Mayo escribía desde Suiza al capitán De Vera, rogándole lo volviese á tomar á su servicio. Y esas cartas fijas y periódicas continuaron como una obsesión, hasta poco tiempo antes de la tragedia de Ginebra.

FOJA DE SERVICIOS MILITARES.

Luis Luccheni, hijo de N. N. y de Luisa Luccheni, nacido en Paris en Abril 21 de 1873. Estatura: 1.60 $\frac{1}{2}$; cabello castaño lacio; ojos grises; tinte rosado; dentadura sana; cejas negras; frente regular; nariz griega; boca regular; profesión: jornalero.

En la época del enrolamiento sabía leer y escribir.

Soldado de 1ª categoría de la clase de 1874, del distrito de Parma, presentado al servicio espontáneamente aunque remiso. Incorporado al regimiento de caballería de *Monferrato* el 2 de Setiembre de 1894. Destinado á las tropas de Africa en Febrero 27 de 1896, saliendo el mismo día para su destino. Vuelto á Italia en 22 de Julio de 1896. Ascendido á cabo segundo el 3 de Setiembre de 1896. Degradado á soldado por haber suministrado ropas civiles á un sargento que se encontraba en el cuarto de bandera, para favorecer su salida, y castigado con diez días de arresto. Seis días de arresto por haber rasguñado á un compañero.

EL PROCESO.

En el mes corriente ha tenido lugar ante la *Cour d'Assises* de Ginebra, al que se ha procedido sin revelaciones efectistas, sin descubrimientos de entre-telones bancarios.

El procesado, contra todas las previsiones, no ha hecho ninguna apología del anarquismo, declarando que sólo la miseria gris y exasperante lo había precipitado á la protesta clamorosa de un asesinato que hiciera temblar á los poderosos; agregó que había

pensado matar al Duque de Orleans ó al Rey Umberto, y que sólo por casualidad habiendo tropezado con la Emperatriz de Austria, la había asesinado.

Afirmó terminantemente no haber tenido ni instigadores ni cómplices, y efectivamente la instrucción del proceso habiendo excluido completamente toda idea de complot, fueron puestos en libertad los anarquistas arrestados como supuestos cómplices de Luccheni.

El defensor de este último, desenvolvió en una calurosa arenga la tesis de que su cliente había tenido el alma envenenada por sus largos y atroces sufrimientos que debían haber concluido por sacudir su cerebro ya agitado por las furias de la epilepsia.

Apesar de la brillante defensa, los jurados negaron las circunstancias atenuantes, y la Corte condenó al regicida al *maximum* de la pena establecida por el Código Penal del canton de Ginebra, á presidio perpétuo.

NOTA BENE.

César Lombroso en su reciente artículo publicado en « La Nación » sobre la tragedia de Ginebra y su autor, expresaba algunos juicios algo lijeros sobre la psicología de Luccheni y las causas que lo habían impulsado al delito.

Nuestro ilustre colaborador, con la acentuación característica de sus juicios que lo hacen parecer quizá menos sereno de lo que es en realidad, aún en el hecho de Luccheni exagera algo la influencia del factor antropológico y del político, olvidando casi por completo la vasta importancia del factor social ó considerándolo, al menos, subordinado á los dos primeros.

El desenvolvimiento del proceso ha demostrado que en el caso Luccheni el elemento sociológico tuvo una importancia extraordinaria y que el delito cometido por él, se debe al estado de exasperación crónica sobre un temperamento neuropático, á la cual había llegado el rejicida por la miseria aguda de la cual resultaron pruebas en la continuación de los debates y sobre la cual, por noticias suministradas por nuestro corresponsal en Parma, hemos podido ofrecer á nuestros lectores datos preciosos é inéditos.

En materia de delito político, pensamos con Ferri que *el hombre obra como siente*

y no como piensa, esto es, que no son las ideas en sus abstracciones teóricas que impulsan al individuo al ataque criminoso del adversario ó del enemigo político, — sinó la resultante combinada de su temperamento fisio-psíquico, bajo las provocaciones del ambiente que lo circunda y lo arrastra.

En estas explosiones salvajes de la ferocidad atávica en el hombre, siempre que se observe atentamente sin dejarse transportar en manera alguna por preocupaciones políticas, la estractificación del odio en estas almas calcinadas, — no sucede por la infiltración doctrinaria de ideas — cualesquiera que ellas sean — sinó que es el producto de una lenta intoxicación del espíritu, de una acritud, por así decirlo, de las mejores facultades del altruísmo que se extiende con la civilización, intoxicación y acritud debidos á la miseria perenne, á las inauditas privaciones diarias, de todas las horas, de todos los instantes, al hambre no satisfecha la mayor parte de las veces, hambre de pan, de instrucción y de amor.

No pretendemos, en manera alguna, atenuar la siniestra gravedad de hechos que, como el de Ginebra, hacen pensar con horror en el enorme abismo de rencores mortales que socava el fondo de tantas almas, pero debemos, por lógica estrecha, pensar que causas tanto ó más espantosas de aspereza y de dolor deben haber abierto este abismo moral, y pensamos también con Romagnosi que mientras más horroroso es el caso de estas carnicerías del hombre contra el hombre, más horrorosas aún deben ser las provocaciones de naturaleza infinita que las durezas y la injusticia sociales ejercen sobre el vencido en la lucha por la vida, haciendo saltar de las profundidades del inconsciente, donde aún dormita la bestia humana primordial: el *homo, homini lupus*.

CRIMINALOGÍA MODERNA

Psicología de la abogacía

En la actual sociedad no puede decirse en absoluto que la elección de una profesión determinada dependa de una tendencia ó vocación por la profesión misma.

Distintas circunstancias y especialmente razones de índole económica inducen á muchos á nacer no ya lo que les agradaría ó lo que respondería mejor á las aptitudes personales, sinó lo que parece más lucrativo con relación á la mayor demanda

y menor oferta. Tradiciones de familia, autoridad de los superiores ó de los padres, son eventos accidentales que impulsan á no pocos por una vía determinada, independientemente de toda elección ó inclinación voluntaria.

Con todo, las condiciones individuales, no son extrañas á la elección de una ocupación ó de un oficio. Hay, así, cualidades indispensables que impiden tender á la medicina más bien que á las matemáticas, al arte del herrero más que á la del carpintero, al trabajo de la inteligencia, que al manual, de atención, de agudeza, etc.

Al lado de las facultades indispensables se notan las favorables á determinadas profesiones que importan una nueva separación entre aquellos que ejercitarán una de ellas con preferencia á otra.

Así pues, la profesión, sinó un síntoma absoluto, constituye un síntoma relativo de lo que cada persona es y vale moral, intelectual y físicamente. Las profesiones más socialmente elevadas, algo menos dominadas por el despotismo de la necesidad, sirven á menudo para designar las dotes de los que las han preferido.

En nuestro caso, en cuanto á la abogacía, tratándose de una profesión cuya demanda no tiene límites tan extendidos y que requiere para optar á ella serias erogaciones y largos años de estudio, se puede afirmar que las disposiciones para ejercitarla cuentan por mucho entre los motivos que impelen á seguirla.

Si las profesiones presuponen caracteres fisio-psíquicos en quienes las ejercen, ellas á su vez tienen por efecto desenvolver en el agente determinados hábitos físicos ó mentales.

Es del dominio público que las funciones influyen en los órganos respectivos, de modo que, por ejemplo el baile desarrolla las pantorrillas del bailarín, la esgrima refuerza el brazo del tirador, el canto ensancha el pulmón del cantor, etc., etc. Las consecuencias del uso continuo de un órgano, la especialización de una función son pues ya benéficas ó perjudiciales y más ó menos complicadas, de manera que el órgano se atrofia ó se hipertrofia y en virtud de la ley de correlación de los caracteres, existen las modificaciones buenas ó malas de los demás órganos que tienen alguna relación con los primeros.

Las profesiones dan generalmente por resultado una adaptación física ó psíquica á su naturaleza. El soldado concluye por asumir un carácter marcial, fiero, un sistema de razonar rígido, más bien intolerante, un comportamiento sencillo, leal, á veces áspero y prepotente; el sacerdote se hace lleno de compunción, de aspecto pacífico con voz lenta y majestuosa, resignado y tranquilo; el marinerío se torna audáz por un lado y supersticioso por otro, preparado á las mas duras fatigas y camina y se mueve como no lo harían ciertamente el habitante del llano ó el montañés.

Analizar las profesiones y los oficios con respecto á las cualidades que más comúnmente presuponen y á las cualidades que por lo general

engendran, no es obra de mero pasatiempo por intelectual ú ociosa investigación académica, sino una contribución eficaz al conocimiento del hombre por las exigencias de la vida pública y privada.

Las monografías, sobre la fisio-psicología de las profesiones son muy raras, y sería oportuno por cierto que fuesen numerosas facilitándonos nuevos elementos para la elección de un amigo, de un esposo, de un administrador ó representante en el parlamento, ó de un estadista y librándonos de los errores y prejuicios que nos hacen exaltar ciertas profesiones ó ciertos profesionistas en relación con los otros.

* *

Interesantísimo sería el éxito de la fisio-psicología de la abogacia.

Pero debo limitarme aquí á breves indicaciones sobre la psicología del abogado.

Actualmente los abogados son tenidos ó en grande ó en ínfima consideración por la opinión pública. El hombre de leyes es para el pueblo, y especialmente en Italia, algo superior. Si en una conversación se presentan un ingeniero, un médico, un fuerte industrial y un abogado, se reserva á este último, invariablemente un tratamiento que indica la deferencia especial.

Los abogados se encuentran en mayoría en los consejos comunales, en los parlamentos y en todas las administraciones. Y no se dirá que esto sucede únicamente porque los abogados hagan mayores esfuerzos para obtener tales cargos, por que sean menos ocupados ó porque entre esos oficios y la abogacia existan conexiones más pronunciadas y estrechas. Es que el título de abogado es por sí solo más sugestivo y un motivo, para muchos, de respeto preponderante.

Por otra parte, no se escatiman para los abogados los más injuriosos epítetos y á menudo se les hace sinónimos de intrigantes y enredistas. El desprecio hacia los abogados data de épocas antiguas. He encontrado un libro de un tal Woltermann, titulado nada menos que: *De nequitia advocatorum*. Napoleón quería « arrojar al río á los abogados ». Ariosto, Racine, Voltaire y otros literatos y filósofos los cubrieron de ultrajes: *latrator*, *togatulus*, *formularius*, etc., fueron los epítetos con que se les satirizó.

Merece la profesión del abogado los honores y los ultrajes que se le hace?

Si los abogados son juzgados tan diversamente es necesario que haya un motivo para ello. Este motivo, más bien que en la profesión, podría encontrarse en las personas que la ejercitan, y aún en el hecho de que debiendo los abogados dañar el interés de algunos para tutelar el de otros, se ha acostumbrado á mirar la abogacia bajo el doble punto de vista de la ofensa y de la defensa; y finalmente en la amplia participación de los abogados en la política que los arrastra en sus odiosidades y simpatías.

* *

Pero qué tendencias del ingenio ó qué estados morales reconoce la abogacia, por sí misma, como

mayormente relacionados con ella, con qué sentimiento concuerda, y cómo educa la mente y el corazón?

Ante todo, conviene distinguir entre el abogado penalista y el civilista. Estas dos ramas de la abogacia diverjen profundamente y es de esperar que, como sería lógico, se llegará á dividir las en dos profesiones distintas.

Poca importancia tiene para el penalista aquella cultura especial que es fundamental al civilista.

El que tiene que defender al ladrón, al agitador, al asesino tiene urgencia en conocer, más el corazón y las pasiones humanas, el ambiente social en que el delito nace y desaparece, que las pandectas y el derecho canónico importantísimos para quien debe discutir contratos, sucesiones, propiedad ó posesión.

Una cosa es la psicología del abogado criminalista y otra la del civilista. Sólo me detendré en la primera, examinando ambas en sus principales puntos de contacto.

* *

La elocuencia es el requisito esencial del criminalista. El que es maestro en el arte de la palabra posee el don más conducente á la defensa de los procesos penales. Y la palabra debe ser callurosa, sutil y fina, destinada á tomar los lados más opuestos de un argumento de manera á percibir en una tesis todo lo contrario de lo que el adversario deduce de ella. El penalista debe de ser rápido al replicar las objeciones, rapidísimo al juzgar una situación, al evitar las emboscadas curiales y al aplicar el derecho al hecho controvertido.

Esas cualidades intelectuales se concilian con el verdadero talento, amplio descubridor de nuevos horizontes en el campo del pensamiento? El uso de tales cualidades logra desarrollar el ingenio, en el sentido más elevado, favoreciendo su aplicación á otros ramos de la actividad social, al arte, á la ciencia, á la política?

Para responder eficazmente á ambas preguntas convendría entrar á la historia de la abogacia, indagar la vida de abogados célebres que se han hecho hombres de estado ilustres, grandes escritores y sabios, y tentar otras investigaciones superabundantes al presente artículo.

Puede darse aun una respuesta aproximativa sacada de la observación sintética de casos conocidos y de las leyes que rigen las manifestaciones intelectuales.

Los abogados, y no solo los penalistas, que están obligados á la cavilación, al capricho sistemático, á la minuciosidad, al triunfo frecuente de la forma y de la fórmula sobre la sustancia, á discutir de todo y con todos, revelan aun fuera de los tribunales y de las cortes, un espíritu casuístico y algo mezquino, que les impide elevarse á las concepciones más grandiosas y atrevidas que no son metafísicas ó retóricas.

Los que hayan asistido á los debates parlamentarios ó hayan leído sus crónicas, habrán notado que los abogados, esceptuando á los verdaderamente grandes, son á menudo sórdidos, se pierden

en largas divagaciones y en sofismas que se resienten de la práctica del debate judicial.

La abogacía constituye una gimnástica mental sana y útil si no absorbe casi por completo la existencia del que la profesa.

Un maestro de derecho que no se limite á la teoría y que de vez en cuando vista la toga y se lance en las tribulaciones y dificultades de las batallas forenses, aventajará fuera de duda al erudito que no haya visto, en la realidad palpitante, el funcionamiento de esas leyes que estudia en los códigos y en los libros. Pero el abogado que durante quince ó veinte años ha estado de la noche á la mañana entre documentos legales, clientes y colegas, litigando ante los jueces, respirando el aire de las oficinas y consultando, como su biblia, volúmenes de jurisprudencia, — difícilmente afrontará con criterio amplio un problema social y difícilmente comprenderá una nueva doctrina que se emancipe de las rutinas de lo vetusto y convencional.

La misma abundancia de las cuestiones deformes entre sí y sobre las cuales un abogado está diariamente llamado á exponer su opinión, si bien en cierto modo despierta ó aguza el ingenio, habitual, en cambio, á la superficialidad y distrae al sujeto, de las investigaciones cuidadosas y profundas.

Edmundo Picard, el brillante jurista belga en un trabajo sobre los abogados nos dice que la abogacía conduce á la aptitud especial de asimilar con prodigiosa rapidez las cuestiones más áridas y asegura que no es charlatanería afirmar que después de diez años de práctica asidua, un abogado examina completamente en cuatro horas, cualquier expediente. —

Pero tan maravillosa facultad de asimilación, no se producirá con perjuicio de la duración del recuerdo de lo que se ha retenido? No sucederá con esto lo que acontece con respecto á la memoria cuya tenacidad está generalmente en razón inversa de la prontitud?

* *

Mientras el ejercicio profesional lleva á las consecuencias que he indicado, las condiciones propicias á este mismo ejercicio no parecen consistir en la subsistencia de un ingenio alto y potente.

No puede negarse que existen hombres de ingenio privilegiado, multilateral, gallardo, que se han dedicado á la abogacía, muchos de ellos con el consiguiente éxito; pero, por lo general, un hombre de inteligencia selecta que no esté coartado por contingencias particulares y cuyo ingenio se encuentra equilibrado con el carácter, no escojerá con placer la abogacía como finalidad suprema y teatro de su vida y sus fatigas.

Un abogado francés, Paillet, á quien se preguntaba qué dotes sería necesario reunir para llegar al más alto grado de perfección en el ejercicio de la abogacía, respondió: «Dad á un hombre todos los dones del espíritu, dadle todos los del carácter, haced que haya visto, aprendido y retenido todo, que haya trabajado sin reposo durante

treinta años de su vida, que sea á la vez un literato, un crítico y un moralista, que tenga la experiencia de un viejo, el ardor de un joven, la memoria infalible de un niño... y tal vez con todo eso formareis un abogado completo».

Dejando de lado este abogado hiperbólico, es evidente que para ser un buen abogado, es necesario poseer un vigoroso ingenio. Pienso, sin embargo, que todo aquel que tenga un intelecto superior rehuirá el lanzarse completamente á una carrera que exige tantas contorsiones del espíritu y demasiadas adaptaciones de su propia cultura y convicciones.

* *

Más delicado y árido es establecer el núcleo de las relaciones entre la abogacía y la moral.

El Sr. Homer Greene tituló un escrito inserto en *North American Review* de Febrero de 1891 con la siguiente interrogación: *Puede un abogado ser honesto?*

Greene sostiene que en América los abogados son proverbialmente considerados deshonestos, y el mismo autor se inclina á dar una respuesta negativa al título de su artículo.

«Supongamos, dice, que el agobado llega á conocer un hecho positivo ó negativo ignorado completamente de su adversario, pero que si fuese revelado ó presentado al Tribunal, cambiaría totalmente la faz del juicio hasta hacer indudable ó casi segura la condena del cliente. Está ese abogado moralmente obligado á revelar ese hecho al contrario? Qué se diría del que así procediera? No se le tendría por loco ó traidor?

«Si el abogado, continúa Greene, viene en conocimiento de hechos ó antecedentes que puedan mejorar la posición de su adversario, aquel es el último en revelárselos. Por el contrario, trata de ocultarlos; y esto no solo conduce al engaño, sino que lo es por sí mismo.

«Ahora bien, si el engaño es una de las condiciones necesarias para vencer, no sería el caso de afirmar que en el ejercicio de la abogacía hay una norma de conducta moral, sino inferior, bien distinta por cierto que la que debe informar las relaciones de la vida?

«Bajo otro punto de vista, la cuestión puede plantearse así:

«Puede un abogado tener éxito en el ejercicio de su profesión, siguiendo estricta é invariablemente la vía de la integridad y las sugerencias de la conciencia? Supongamos que durante un debate de carácter civil ó criminal, se levantara y renunciase á la defensa de su cliente, por haberse apercibido claramente que la razón está por la otra parte. Qué sucedería en tal caso? Aquel abogado se quedaría, á poco, sin clientela alguna. El cliente no busca un abogado para recibir de él lecciones de ética. Aquel tiene necesidad de alguien que haga triunfar su causa; solo por eso busca un abogado.

«Con tal de triunfar, está dispuesto desde luego á prevalerse de todos los medios que la ley, bien ó mal interpretada, parece presentarle; y todo lo que en otros casos, calificaría de cábulas, sofismas

subterfugios y algo peor, desea que su abogado lo haga valer en favor suyo.

« No hay, ciertamente, otra profesión en que el hombre se encuentre tan constantemente tentado á desviar el camino de la integridad ».

La requisitoria del escritor americano contra los abogados, no carece de bases. Defender á los mayores bribones, aún á sabiendas, y patrocinar derechos más que dudosos en perjuicio de terceros asistidos por el verdadero derecho, no constituye una bella acción, ni es la mejor escuela para el caracter y la honestidad.

El abogado que acepta cualquier causa bajo el especioso pretexto de que todos tienen derecho á la defensa, no es un hombre de bien, y la profesión de tal modo ejercitada es verdaderamente un oficio bajo y pervertidor. Pero tal abyección no es inherente ó indispensable á la abogacía y un abogado puede no asumir espontáneamente el patrocinio de causas que repunte evidentemente inmORALES ó injustas.

Esto no obstante, lo cierto es que la profesión del abogado exige — en materia penal especialmente — que se patrocinen personas y derechos de cuya razón y justicia se tiene tan poca presunción que se aceptaría igualmente litigar en contra de esas mismas personas y patrocinar los derechos opuestos. Pero si se reflexiona que la abogacía, como institución, es acogida por nuestras costumbres y por nuestra moral, y que la incertidumbre sobre la justicia de una defensa, implica á su vez, la incertidumbre de su injusticia por cuya razón la verdad no se esclarece sinó con el conflicto de ambas partes, se convendrá que la abogacía no se manifiesta en ese contraste con la honestidad que un exámen superficial de la cuestión haría suponer. El que ejerce la profesión del abogado sabe además que se toma tanto amor por una causa determinada y se ensimisma tanto con ella que se es perfectamente sincero en el calor con que se le defiende.

Fruto de una observación positiva son las palabras que Goldoni, en *L'avvocato Veneziano*, pone en boca de Alberto, obligado á discutir con Rosaura de quien está enamorado, es decir que el abogado se comprometa tanto en su deber, que pone el más leal empeño en la tutela de los intereses de su cliente.

Sin embargo queda siempre á cargo del influjo moral de la abogacía la mala costumbre que se sigue de no distinguir bien lo verdadero de lo falso y de debilitarse el cerebro defendiendo los más opuestos principios.

Luego, la costumbre de encontrar una excusa á toda falta, puede producir también efectos desfavorables al carácter atenuando la gravedad de los peores actos. Un hombre íntegro se conservará tal por más que ejerza la abogacía, pero no se fortalecerá jamás una conciencia debilitada, por el ejercicio metódico de la abogacía. Una estadística de los abogados podría darnos la medida del valor ético de la profesión legal.

Y aún así, se trataría sin embargo, de una me-

didada poco aproximativa desde que el abogado, en razón de su dominio de las leyes y del procedimiento, adquiere una aptitud especial para sustraerse á las penas, aunque para ello tenga que cometer acciones criminosas; y en la abogacía existe la facilidad de perpetrar actos equivalentes á delitos pero lícitos con respecto á los códigos.

En resumen, los abogados pueden rechazar los impropiedades sistemáticos que se les aplica y no merecer tampoco la exagerada admiración que en la vida práctica se les profesa.

La psicología de la abogacía nos enseña que aún en esto es peligrosa una exagerada división del trabajo. El que es abogado por temperamento y vive en y por la abogacía, no es prudente que salga del templo de Temis para otros oficios. Y aún en ese templo no será jamás, sinó por escepción, un abogado verdaderamente grande.

ADOLFO ZERBOGLIO

Reacción Fisionómica

La influencia del crimen sobre el agente.

En la investigación de las causas que determinan las alteraciones fisionómicas de la expresión, — después de los estudios positivos iniciados por Duchenne de Boulogne, Darwin y Paolo Mantegazza, — se incorpora á la ciencia de las verdades adquiridas la influencia exterior de los fenómenos psicológicos, y su íntima relación con las alteraciones generales de la fisonomía individual.

Esta correlación es aún más sensible en el delincuente, pues siendo intenso el proceso de sus trágicos pensamientos, es mayor la perceptibilidad de su reflejo exterior.

Los distintos períodos por que atraviesa la elaboración mental del delito en el cerebro del criminal, marcan igualmente sus correspondientes etapas en el juego de la expresión facial: La *concepción* de la idea con la impresión de la sorpresa (si no se trata de locos morales) las crueles alternativas de la *deliberación* con su insomne corte de vacilaciones y zozobras, y por fin, la *determinación* (*) del acto con la noción del peligro más próximo y de la enorme responsabilidad ulterior, — son otros tantos grados que fisionómicamente traducidos y mediante la excitación nerviosa del sujeto, fruncen sus arcos superciliares, entorvan sus miradas, contraen las comisuras de los labios y dilatan las fosas nasales, en un conjunto expresivo de siniestra ferocidad.

Pero es precisamente en el acto de la perpetración del delito y hasta algún tiempo después, que llega á su período más álgido la intensidad de las sensaciones y por consiguiente alcanza la expresión del agente su maximum de perceptibilidad.

(*) Damos á esta palabra su sentido relativo y convencional.

El enardecimiento de la acción, la paralización momentánea de los sentimientos de probidad, la escitación del esfuerzo muscular y nervioso en la agresión; en una palabra, la borrachera de la sangre, para valernos de una expresión gráfica aunque vulgar, — despojan al ser de su vestidura moral, la dignidad de la especie se eclipsa por completo y, á través de aquel organismo enardecido, surge en su horrible desnudez la bestia humana, con sus ojos inyectados lanzando á la sociedad, como un desaffo instintivo, su rayo exterminador.

Y consumado el delito, la reacción es tardía; perduran en la fisonomía las alteraciones máximas, como obedeciendo á un fenómeno de inercia moral, aumentadas si cabe, con el terror del castigo.

En el estudio de la antropología criminal, el capítulo de las expresiones constituye toda una especialidad, por la correlativa proporcionalidad de los hechos, su encadenamiento y frecuencia, como resultado de causas más ó menos conocidas en su principio general.

Los grabados que insertamos en estas líneas, copias exactas de fotografía, representan un tipo tomado al azar entre muchos otros casos observados en criminales sanguinarios del país.

La reproducción N° 1 ha sido tomada poco tiempo despues de perpetrado el delito (homicidio y robo) y durante el período de la alteración facial. La figura N° 2 es posterior en algunos días y es visible en ella la reacción fisionómica equivalente al restablecimiento completo de la expresión normal.

Nada más convincente que este *pendant*, Compárese los rasgos característicos de ambas expresiones y fácilmente se establecerá su forma diferencial.

Domina en primer lugar, el contraste en la fuerza intensiva de las miradas que en la primera lámina es feróz hasta impresionar, mientras en la segunda se hace suave y tranquila.

Luego la contracción del ceño y sarcos verticales de la frente tan acentuados en la primera, se despejan en la segunda; en ésta no se nota ya la ligera elevación de las comisuras labiales ni la dilatación de las fosas nasales que se percibe en aquella.

A la expresión de ferocidad ha sustituido la serenidad, la fiera se ha vuelto cordero en su apariencia exterior, si bien traicionan tal modificación

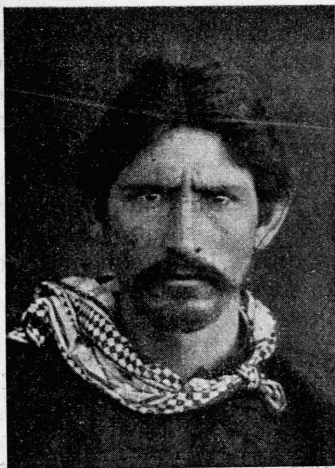


Figura N. 1.

ciertos rasgos secundarios que revelan cinismo, con independencia de los estigmas relativamente normales que comunmente se observa en el mayor número de delincuentes de sangre.

Así, en el análisis antropológico del espécimen que presentamos, aún cuando no se observan todos los rasgos que son mas frecuentes en el tipo del criminal tal como lo describe Lombroso, concurren sinembargo los principales de aquellos en forma bastante acentuada como son: la frente fugitiva, ligeramente ondulada hacia la nariz y vellosa en los costados; pómulos y arcos zigomáticos prominentes; cabello muy abundante y negro; ojos pequeños y de mirada algo oblicua; orejas grandes y en forma de asa.

Fuera de estas coincidencias, las demás señas particulares son: cráneo dolicocefalo y de capacidad media; cejas casi horizontales, poco pobladas, separadas y bajas; párpados inferiores algo abultados; color del iris: castaño, en la zona central; nariz convexa-recta, horizontal; menton saliente.

Es argentino, soltero, de 34 años de edad, profesión jornalero y de instrucción casi nula (sabe leer).

No entramos al detalle de los datos antropométricos, proque sólo hemos tenido el propósito de estudiar en sus grandes rasgos la doble expresión fisionómica que nos sirve de ejemplo curioso é interesante

de la alteración y reacción fisionómica en el delincuente bajo la influencia de su propio crimen.

Añadiremos para terminar, el dato de una circunstancia del crimen:

La esposa y cómplice del agente sujetaba de las piernas á la víctima, mientras este la degollaba!

Psicológicamente considerado, el delincuente á que nos referimos puede ser clasificado en la categoría de ocasional.

R. DEL CAMPO.

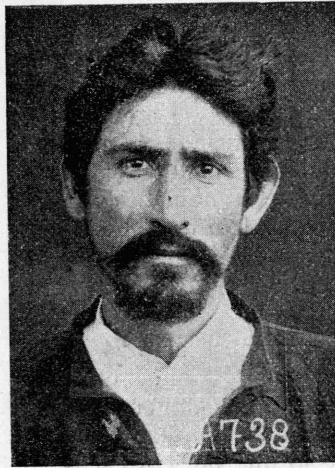


Figura N. 2.

El Jurado en materia criminal

Su implantación en la Rep. Argentina

CONSIDERACIONES GENERALES

Desde los albores de nuestra emancipación política, la institución del Jurado en materia criminal, ha sido grabada en las tablas de la ley.

El sistema adoptado de la codificación procesual que artículo por artículo, se empeña en proveer

y reglamentar casos particulares, sin filosofía, ni alcances del progreso indefinido, y que por lo mismo, solamente hace oficio de apuntalamiento de edificios casuísticos y de frágil consistencia; ni en la nueva, ni en las anteriores reformas constitucionales, ha sido impuesto, ni tenido en cuenta para nada.

Ha quedado, pues, integro el texto primitivo de la constitución que tratándose del enjuiciamiento en materia penal, no solamente promete la forma (art. 102) sino que también la impone en el capítulo consagrado á «Declaraciones, derechos y garantías» (art. 24). Y si nada se ha innovado respecto á la organización judicial que comprende el jurado como tribunal, y si el acatamiento de la constitución obliga al más encumbrado funcionario cuya autoridad emana de la misma constitución, á la par que al más humilde habitante cuyos derechos y libertades ella reconoce y garantiza. ¿Con qué pretestos ó razones, podría, sino justificar, disculpar al menos, una ley, un decreto, una acción negativa de criterio abiertamente contrario al de la ley fundamental?

Con semejante suplantación de criterio, lógicamente podría desnaturalizar la forma república de gobierno, ó convertirse la constitución nacional en meras promesas, ficciones, mistificaciones y desbarajustes de todo cuanto en ella se ha acaudalado en materia de franquicias y garantías, manteniéndose así un estado de subversión y rebelión.

Felizmente, lo dispuesto en el art. 24 acerca de la reforma de la legislación común en todos sus ramos, se ha cumplido en su mayor parte, faltando solamente lo relativo á la implantación del juicio por jurados, sobre lo que no han escaseado iniciativas honrosas.

La ley de Octubre 6 de 1871 facultó al P. E. para encargar á dos personas idóneas la confección de un proyecto de ley sobre el jurado. El proyecto fué presentado, y si no prosperó fué debido á deficiencias de su plan general y de detalles, muy disculpables en la época, que, como es sabido, no había alcanzado los adelantos actuales de nuestras leyes sustantivas y adjetivas.

El Congreso sancionó después la ley actual de procedimientos criminales (1888) con bases de procedimiento escrito y de criterio preexistente para la apreciación de las pruebas. Tanto el proyecto como la ley que lo sancionó con modificaciones insubstanciales prescindieron conscientemente del tribunal del Jurado.

La crítica razonada no tardó en rebelarse contra una sanción legislativa que se apartaba del mandato constitucional, por mayores que fueran sus beneficios momentáneos con relación á los procedimientos confusos é incoherentes anteriores en vigencia.

El Dr. Dominguez, Ministro de la Suprema Corte Federal publicó en 1884 un importante proyecto de ley sobre el jurado, ilustrándolo con notas y comentarios tomadas de las mejores fuentes.

Con éxito incontestable, á mi juicio, combatió los motivos expresados por el distinguido autor del proyecto de código de procedimientos, no obstante lo cual, éste fué sancionado más tarde por el H. Congreso. (1888)

En el tiempo intermedio, el Senado estableció el tribunal del jurado (1886) limitados á los fueros y responsabilidades de la prensa; pero de bases calculadas para su extensión futura al conocimiento de los delitos comunes (Mensaje del P. E., Agosto 10/86).

El Dr. Martín Ruiz Moreno, publicó en 1887 un opúsculo de 143 páginas sobre la bondad de la institución, ilustrándola también con precedentes y ejemplos de las naciones europeas y de las americanas del Norte.

En todas las publicaciones nacionales que han llegado á mi noticia, la nota predominante es á favor de la institución popular.

Los proyectos y las publicaciones á que me refiero, sin duda, no hicieron camino debido al medio estrecho de sus expansiones fuertemente comprimidas por las preocupaciones reinantes y por leyes jurisdiccionales de orden federal, nacional y provincial, no bien esclarecidas por las de los procedimientos vigentes en la época en que se elaboraron.

La ley de 1871, así como el proyecto del Senado, se encarrilan indudablemente en las vías constitucionales, marcando un progreso alcanzado en medio de las agitaciones y ofuscaciones propias de un país joven.

El jurado popular es un concepto social de filiación histórica y jurídica. Considerándolo como número ó entidad, en el cuadro de sus manifestaciones concretas no tendrían cabida los múltiples jurados: unos que acusan, otros que juzgan; y otros más que en *segunda instancia*, confirman ó revocan el *vere-dicto* de los anteriores.

El proyecto sancionado por el Senado nacional en 1886 dirimió todas estas cuestiones que no bien dilucidadas, ni precisadas con anterioridad, habían producido confusamente el desprestigio de la institución, no solamente entre nosotros, sino también en otras naciones que limitada é incompletamente la ensayaron.

El mismo Senado resolvió también que el juicio del jurado debía circunscribirse á las cuestiones de hecho, aplicando sus nociones del bien y del mal, según su conciencia, contrariándose así la opinión de algunos juristas que se empeñan en negarle aptitudes para juzgar hechos y acciones que involucren el derecho escrito con sus ficciones sabidas y no sabidas sobre conocimiento obligatorio de las leyes!..

Según los autores y publicistas modernos que, á su vez se refieren á muchos otros, la institución del jurado tiene raíces de antigüedad remota y por haber acompañado constantemente á la humanidad en sus diversos estados de civilización, en el flujo y reflujo de sus progresos y retrocesos; ella, ha sido siempre respetada y considerada hasta personalizarla dignamente con el calificativo de «Amiga del hombre».

Todas las naciones europeas, muchas americanas, el Japon y alguna otra asiática la tienen incorporada á su organismo judicial, diferenciándose únicamente en puntos incidentales que de ninguna manera afectan la índole, ni la bondad de la Institución. España, la madre patria, que tanto desconfió y cuyas razones condensó Escrich en su «Diccionario de Jurisprudencia», bien apreciado en las naciones hispano-americanas; acabó por implantar el jurado ansiado por sus constituyentes liberales, adelantándose á nosotros, tanto en este como en otros ramos legislativos.

Allí, como aquí, el argumento contrario que por lo repetido, podría calificarse de vulgar, fué siempre: «El País no está preparado».

Esta frase es, sin duda, de las efectistas y de gran poder, especialmente en los pueblos meridionales, y de los que exaltan y deprimen hombres, cosas é instituciones con el asentimiento indiferente é irreflexivo de los habitantes.

Desde luego, ocurre interrogar á los sostenedores de esa frase:

¿Cuándo estuvo preparado el argentino del coloniaje para emanciparse y gobernarse bajo la forma republicana del sistema federal? ¿Se ha arrepentido alguna vez, en las horas más tenebrosas de su vida consciente y libre? ¿No hubiera merecido una nota infamante quien se subleva contra el nuevo régimen?

Entonces, pues, hay que seguir adelante y siempre adelante por la vía trazada por nuestros esforzados mayores, quienes también lo serán de las generaciones futuras. Forzoso es cuidar que á sus inmediatos sucesores no se les culpe de atrofia, ni de achataamiento ante las dificultades de ejecución de una parte de la magna obra cimentada por ellos.

Indudablemente, el ejercicio del Jurado supone un espíritu público, vivo y latente que por lo mismo debe fomentarse y conservarse.

El pueblo no estará preparado á administrar justicia por limitada que sea, como tampoco lo estará, convencionalmente, para discernir sobre materias electorales y otras trascendentales; pero alguna vez tendrá que librarse á su propia suerte sin necesidad de mentores pusilánimes y oficiosos y de cuantos retardan de buena ó mala fe el desenvolvimiento tranquilo de las instituciones adoptadas.

El Dr. Dominguez, decía en 1883:

«No nos hallamos en las condiciones de Inglaterra, ni tiene nuestro pueblo el espíritu público de los súbditos de esa gran nación. Pero no es con la Inglaterra actual con la que debemos hacer comparaciones oportunas, sino con la de los tiempos en que el juicio por Jurados adquirió el carácter de privilegio constitucional, en una de las cláusulas de la Magna Carta.»

«¿Qué eran los nobles de Inglaterra que hace seis y medio siglos, arrancaron al Rey Juan esta declaración, que constituye una de las más altas glorias de la nación inglesa?»

«Lord Chatham lo dijo solemnemente en cierta ocasión ante la Cámara de los Pares. «Es, Milores, á nuestros antecesores, es á los Barones ingleses á quienes debemos las leyes y la Constitución que poseemos. Sus virtudes eran toscas y sin cultivo, pero ellos eran grandes y sinceros. Sus inteligencias eran tan poco cultas como sus maneras; pero tenían corazones para distinguir lo bueno de lo malo; tenían cabezas para distinguir la verdad de la mentira. Comprendieron los derechos de la humanidad y tuvieron valor para defenderlos.»

«Y si este era el estado de cultura de la principal nobleza; si tres siglos después todavía muchos de los Pares que se sentaban en el Parlamento no sabían leer ni escribir, ¿cuál sería la condición de las otras clases sociales, de cuyas filas exclusivamente salen los Jurados comunes?»

La población era escasa y peor concentrada (menos de cinco millones en el siglo XV). La de Londres, esa metrópoli colosal, que hoy tiene tres y medio millones, sólo llegaba á cuarenta y cinco mil en la época de la magna carta. A principios del siglo XII, dice Lord Macaulay, vemos esa sociedad en un estado más miserable que el estado en que hoy se encuentran las sociedades más degradadas de Oriente. La vemos sometida á la tiranía de un puñado de extranjeros armados. Vemos á los victoriosos Normandos separados por una fuerte diferencia de casta de los vencidos Sajones. Vemos la mas degradante y cruel superstición ejerciendo un dominio sin límites sobre los espíritus más elevados y benévolos. Vemos al gran cuerpo de la población en un estado de esclavitud personal. Vemos á la muchedumbre sumida en una brutal ignorancia, y los estudiosos poco empeñados en adquirir lo que no merece el nombre de conocimientos.»

«Estos y muchos otros rasgos con que la historia pinta y caracteriza la Inglaterra de aquellos tiempos no revelan ciertamente una alta civilización que la República Argentina, y mucho menos que la capital de la República Argentina en su estado actual, se halle en el caso de envidiar. Y sin embargo, Inglaterra tenía ya el juicio por jurados, y arrancaba la cláusula transcrita á un monarca que pretendía sobreponerse á todo derecho, y ejercer tiránicamente su autoridad.»

«No tenemos, sin duda, espíritu público ó no lo tenemos bien encaminado, y en el grado que sería de desear. Pero es preciso no exagerar esa deficiencia ni tomar por efectos ó manifestaciones de ella, lo que sólo proviene de causas muy distintas.»

«Si por ejemplo, el Jurí para los juicios de imprenta no ha dado los resultados que fuera de desear, más que á indiferencia de los ciudadanos, debe atribuirse á su defectuosísima organización y á su carácter excepcional que ha impedido al pueblo adquirir la convicción de sus ventajas y familiarizarse con sus procedimientos.»

«Sin necesidad de argumentos y comparaciones sin base cierta, es un hecho reconocido el interés y la solicitud del pueblo inglés por la cosa pública.»

«Pero al lado de ese benéfico interés, en In-

glaterra, como en todas partes, está el egoísmo individual, que obra en sentido contrario y hace que cada uno trate de dejar á cargo de los demás el cumplimiento de deberes que traen siempre consigo molestia y perjuicio material. En materia de Jurados, todos aman y admiran la institución, todos la miran como un privilegio y una gloria nacional; pero se ha notado que muchos preferirían sustraerse al servicio personal, y recurren hasta el fraude para no prestarlo sino en forma menos pesada. Por eso las leyes no confían exclusivamente en el celo de los individuos, y tratan de proveer á sus deficiencias estableciendo penas pecuniarias por toda infracción á los deberes que imponen, desde los primeros actos para la formación de las listas, hasta que el Jurí pronuncia su veredicto. »

« Hay una consideración más, que es necesario no perder de vista. Si es preciso el espíritu público para el establecimiento y progreso de las instituciones, estas, una vez planteadas de una manera conveniente, contribuyen al desarrollo de aquel espíritu; porque se ama más aquello que se conoce y cuyos resultados benéficos pueden apreciarse prácticamente. Es lo que se ha observado con respecto al Jurí, y lo que el profesor Lieber señala como una de sus principales ventajas entre muchas otras que enumera. El Jurí, dice este escritor, liga al ciudadano con creciente espíritu público al gobierno de su comunidad, y le da parte constantemente en uno de los más altos negocios públicos la aplicación de la ley abstracta á la realidad de la vida — la administración de la justicia. El enseña la ley y la libertad, el orden y los derechos; la justicia, y el gobierno, y propaga este conocimiento por todo el país. Es la más grande escuela práctica de libre ciudadanía. »

A las precedentes observaciones podríase agregar esta otra: *Una vez implantado el Jurado, ninguna nación lo ha suprimido.* Forzoso es también conceder que algo de respetable y sagrado surge de aquí. Esto mismo obligará á los legisladores y futuros constituyentes á reflexionar seriamente, antes de desviar ó de reformar las prescripciones constitucionales actualmente en vigencia.

Y en un país nuevo que franquea sus fronteras y abre sus brazos á la inmigración, en la que sus estadistas cifran uno de los más trascendentales problemas de gobierno, demás parecería insistir y repetir hasta el cansancio que el enjuiciamiento por medio del Jurado se impone bajo serios aspectos políticos y económicos. Los extranjeros acostumbrados á esta forma de enjuiciamiento y cuya aspiración general es de trabajo real y eficazmente garantido, no tardarían en aumentar sus preferencias inmigratorias.

La brevedad del juicio oral, relativamente al perezoso y desesperante del escrito, es ya una ventaja en el sentido de una buena administración de justicia.

Los fines de la libertad y de la penalidad se cumplirían con garantías de acierto, de ninguna

manera inferiores á las de los magistrados profesionales á quienes se les concede y reconoce un criterio superior en las esferas del derecho positivo, no obstante que dentro de esos recintos luminosos frecuentemente se discrepa, prevaleciendo á veces el error. Pero, en cuanto concierne á la apreciación de los hechos particulares de carácter delictuoso, parece evidente que bastará el criterio general seleccionado entre profesionales y profanos.

Aun, en el orden religioso se reconoce en todos los fieles la facultad y responsabilidad del discernimiento.

La intervención de numerosos ciudadanos con capacidad de jurados, según una ley de fácil aplicación obligaría á éstos, á preocuparse de negocios públicos.

Las audiencias en recintos apropiados son una cátedra de enseñanza y de distracción provechosa para el pueblo á la par que de estímulo y satisfacciones para cuantos intervienen en ellas.

Entre los procedimientos escritos y los de la ley Lynch, indudablemente los del Jurado ocupan el término medio, satisfaciendo una necesidad conservadora.

Se ha llegado hasta negar á los jurados populares la capacidad suficiente para apreciar hechos que se rozan con el derecho escrito, mientras que en el concepto de otros, los abogados y hombres profesionales debieran ser excluidos en la composición del tribunal. La cuestión se complicaría más aun ante el precedente histórico que la inmensa mayoría de los legisladores y constituyentes de las naciones, en ningún tiempo han tenido diplomas universitarios.

Pero, terminemos.

Las reformas legislativas cuyas proporciones rozan con nuestra revolución emancipadora necesario es realizarlas para complementar por esta faz la obra institucional.

Otras leyes complementarias del *self government* se imponen también para combatir el indiferentismo y el egoísmo por la cosa pública; v. gr.: una electoral como la vigente en el estado de Jujuy, que aleja de los empleos y puestos públicos á los que voluntariamente se alejan de los atrios...

Con la guía del criterio propio formado con las luces de la razón y de la experiencia, sin preocupaciones, ni supeditaciones caprichosas y dogmáticas; creo, firmemente, que en esta materia como en cualquier otra, no debemos separarnos un instante de la carta fundamental que es símbolo y punto de partida de los destinos de nuestra nacionalidad.

Ensayemos, al menos, por no decir cumplamos honradamente, los mandatos constitucionales.

Tiempo sobrá para derrumbar ó refaccionar edificios legislativos con la facilidad á que estamos acostumbrados, más por impresionismo ingénito que por razón serena.

El ensayo del Jurado á nadie se inculpará ante los mandatos expresos de la constitución; pero honrará hasta los mismos adversarios que concedan un plazo razonable para su implantación y desenvolvimiento.

Buenos Aires, Octubre de 1898

JULIAN L. AGUIRRE

La Princesa de Chimay.

Pocos días hace que el telégrafo en su desolado laconismo anunciaba el fallecimiento acaecido en Budha Pest, de la espléndida princesa, de la mujer que por su belleza, por su vida romancesca, ha preocupado y atraído hacia sí durante un quinquenio, la atención de ambos mundos, más que todas las mujeres que adquirieron fama pidiendo su nombre á las artes, á las ciencias, á las luchas políticas y aún al vicio.

La noticia fué contestada en su exactitud, pero sea de ello lo que se quiera, podría un ser tan espléndido, más que por las gracias de sus formas, por lo terriblemente enigmático de su alma, pasar desapercibido entre el número de los más?

No ciertamente, porque en ella, más que el eterno drama femenino, influyó el producto elocuente de un proceso psíquico cuyas causas determinantes las constituyen elementos personales y sociales tanto más característicos cuanto que en sus resultados finales puede constatarse la consecuencia de un choque entre dos civilizaciones.

Nacida en la tierra paradójica de Norte América, venida al mundo entre el lujo estrepitoso de una de aquellas riquezas que las naturalezas grandes y violentas, ayudadas por la fortuna, saben acumular en el frenesí del oro; en una tierra en que es ley suprema el dollar ante el cual todas las farsas humanas se inclinan y las naturales ceden; adorada y ama del millonario que á esta vida de doncella subordinaba los millares de vidas de los seres sudorosos en las negras minas de petróleo, — toda la psiquis de la joven debía necesariamente resentirse de su origen, en virtud de leyes de sangre y desarrollarse tales gérmenes en la potencia incondicional del dollar asociada á la potencia de una belleza suprema. Y en los salones de la regia casa paterna y en las fiestas en que el oro corre con la profusión del derroche, — la futura princesa empezó tan joven su reinado y su imperio

en un mundo que no podía menos que ser vencido por la ley del dinero.

Estas primeras luchas con las rivales, si bien vencidas sin dificultad, no podían bastar al ánimo imperioso y sediento de la déspota; el reinado era demasiado pequeño, la victoria demasiado fácil.

Al otro lado del océano, en la vieja Europa no solo el dinero y la belleza imperan, sino más aún los prejuicios seculares, coronas y títulos que constituyen, por la tradición de los siglos, una familia de elejidos.

Es pues ésta la tierra prometida, el paraíso de la joven americana cuyo único pensamiento es llegar á conquistarla, armada con las armas poderosas de su tierra.

Así miss Worth se hizo, merced á sus millones, princesa de Chimay: el antiguo blasón nobiliario desposó el nuevo blasón de la riqueza, de la belleza, y la soberana absoluta de la fantástica Chicago entró á la pequeña corte de Bélgica; para vencer nuevamente en singular batalla, pero siempre á fuerza de dollars y de atracciones, á las nuevas adversarias del blasón.

A la primera aparición de este astro americano, la victoria parecía asegurada, pero bien pronto la preocupación secular, la historia de aquellas aristocracias entre las más dudosas de Europa; todos los celos de casta en fin, se revelaron y en vano el dollar coronó é iluminó con sus poderosos reflejos la altiva belleza de la hija del petrolero millonario.



PRINCESA DE CHIMAY

Bien que pudiese vencer las debilidades de un rey con el arma poderosa de la mujer, la única que siglos y siglos de humillación la hicieron esgrimir; bien que se hiciese esclavo y escudo de la bella americana el gefe político de aquella casta; el prejuicio del blasón y de la sangre triunfó sobre el dollar y la belleza.

El nombre de Princesa no fué bastante á cancelar el recuerdo del pasado; aquel oro no perdió el dejo del valioso mineral, y con ser la preferida del rey, no fué para ella el reino de las predilecciones del poderoso en la tierra por voluntad de Dios; no fué el homenaje rendido por el príncipe al vasallo, como gloria y honor á la elegida, sino una ofensa á las sagradas tradiciones, y solo fué la cortesana, *la favorita*, nada más, pues para ser la soberana faltábale el derecho de elección divina.

El vacío se formó en torno de la imperiosa sultana que vió perdida la batalla, caído para siempre el trono, por lo que se abatió su ánimo. Nacida para imperar, para ser adorada y temida, no podía

aceptar esta derrota de la indiferencia y del aislamiento.

Se rebeló y quiso vengarse de la manera más terrible que es dado á una mujer; el nombre conquistado y el cuerpo le sirvieron de armas.

Esposa ayer de un príncipe de antiguo linaje, favorita del rey, temida entre todas, sinó amada y estimada; hoy amante del zíngaro errante, peregrinando á su vez á través del mundo, y ofreciendo á los ojos de todos las bellezas de su cuerpo, como una prueba de la inmoralidad de aquella nobleza de la cual huía.

Esta casta la despreciaba porque solo desde ayer se había fijado en la mente de los hombres el nombre de su padre, y mientras ellos hacen alarde de su sangre y de su origen elejidos, ah, porqué recuerdan el suyo á través de los siglos?

Y bien! precipitemos uno de estos nombres, el primero en fama y en antigüedad, entre el fango, sobre la escena!

Quieren dictar leyes desde lo alto de su olimpo? Y bien, sepa la humanidad cómo se vive ocultamente en aquel limbo!

Ellos, los predilectos del cielo, no se dejaron dominar, no le reconocieron su imperio? Pues bien: pídase á las multitudes pídase á todo ese mundo que aquella casta desprecia, el renombre, la admiración, y que la otra se avergüenze de los medios!...

El palco escénico acogió á la reina de los millones, á la princesa, á la *bella del Re*; un gitano le sirve de arma y de escudo; lo demás, hágalo el cuerpo!

Toda otra explicación que se diese al fenómeno Chimay, en homenaje á un decrépito romanticismo, á una tradición puramente literaria, se estrellaría contra la verdad tal como la demuestra la propia naturaleza de la espléndida princesa y especialmente su vida en la corte de Bélgica, vida de crudas luchas femeninas, y sobre todo los excesos que acompañaron su defección.

El amor verdadero, el amor poético que aún en estos últimos tiempos hace tejer un romance á la bella Borbónica y al modesto pintor italiano, fué un acto de pasión celosa, silenciosa, amante del secreto que solo el ruido de los nombres puede frustrar.

La impúdica publicidad y ostentación que, por el contrario, es la característica principal del fenómeno Chimay, es inconciliable con esa absorción del ser, en que consiste el amor pasional.

Ninguna de las grandes amantes, ni aún las sensuales, habría chocado con el respeto de su época para exhibirse — por el mero placer sentirse predilecta entre muchas — en la pública desnudez de su belleza, aún cuando esta superase á la de la Venus de Medici.

El gitano Rigo, ni por su arte si bien es un violinista mediano, ni por su belleza, poseía las dotes suficientes para escusar tan violenta, y menos aún, tan súbita pasión, de esas pasiones que crean la esclavitud voluntaria en las mujeres á quienes el amor trastorna.

La sensualidad no es tampoco bastante justifi-

cación, porque en la corte belga ella habría podido encontrar fácilmente hombres de su clase que respondiesen al caso, más que el tranquilo Rigo. Así, este solo fué el arma arrojada en el campo por el acaso y recojida por ella para las batallas de la venganza.

Confirman todo esto las numerosas entrevistas y publicaciones hechas por escritores y periodistas, y, sobre todo, la más indiscreta de ellas debida á un notable publicista genovés que pudo conocer de aquel secreto más que cuantos han tratado de penetrarlo.

En suma: Las características y circunstancias que la Chimay confiesa especialmente, son: un odio feróz hacia aquella presuntuosa aristocracia que la había repudiado, enrostrándole su oscuro nacimiento y su nombre solo conocido de ayer, aislándola hasta obligarla á declararse vencida; un consiguiente desprecio hácia aquella clase constituida por un sentimiento excesivo y morbosos de superioridad; una necesidad imperiosa de venganza, y un sentimiento de verdadera satisfacción por su nueva vida que consistía en haber creado y mantenido ese escándalo temido y doloroso que no habrían podido sofocar todas las fuerzas posibles, aún cuando la Chimay no fuese más que una humilde artista.

Más que una verdadera pasión, ella abriga hacia su compañero un sentimiento de simpatía, resultado de la gratitud.

Aquel es más bien el servidor, el instrumento, que no el amante ideal, conquistado.

Pero la característica más dolorosa y significativa, es el silencio que la bella zíngara mantiene con respecto al príncipe su esposo y á sus hijos, cuyo recuerdo es la espina más punzante que acosa el corazón de la mujer en la morbosa satisfacción de su extraña venganza, — de esos seres queridos no es dado hablar en su presencia.

El ruido que se hace al rededor de su nombre, es desde luego su mayor satisfacción, y no es difícil notar como esto mismo constituye también su primer designio y su estudiada finalidad.

Cómo conciliar, entonces, todo esto con el concepto más elemental de la simple pasión amorosa, idílica ó sensual?

Hay en esta mujer algo de más fuerte que recuerda los grandes ambiciosos de la historia que sacrifican á menudo su patria á sus pasiones.

Pero la nota dominante en la Chimay es su curioso paralelismo con el anarquista de la bomba:

En este el fenómeno determinante procede de un concepto más elevado como sentimiento en el espacio, de una afectividad enfermiza aumentada por los sufrimientos propios y ajenos, y asociada á una exagerada ambición, á una necesidad del *egocentro*, comun esta última al fenómeno Chimay.

En el procedimiento de la rebelión, la analogía es mucho mayor: Uno y otra echan mano de todos los medios de la lucha serena y equilibrada, el uno predicando su propia fé y los sufrimientos personales; la otra (dado el diverso ambiente) con el sacrificio hasta de sí misma, se entrega al Rey, al omnipotente de su pequeño mundo en el cual lucha.

Pero el ambiente sordo y más fuerte que ambos, no cede, y es en esa emergencia que aquellas dos naturalezas imperfectas y desequilibradas, antes que abatirse ó cejar, como sucede con los caracteres fuertes y completos, se despedazan y entonces los sentimientos menos desarrollados é imperfectos llegan al máximo de impulsividad.

La necesidad de la venganza atávicamente invocada se une á la de vencer la indiferencia, de imponer el *pro yo*, apesar de todo; de obtener por *ne fas* la satisfacción de ese morboso sentimiento personal que no fué posible obtener por *fas*.

El uno, en cuanto hombre, histórica, psíquica y físicamente preparado á la lucha, busca el éxito lanzando una bomba exterminadora; la bella millonaria que como mujer, producto femenino para quien en el envilecimiento secular de su sexo, esta misma diferencia es la única arma, - arroja al rostro de aquella casta falsa, toda su prostitución, toda la impudicia y la inmoralidad que le son comunes y que aquella, con tantos artificios cubre y disimula.

A uno y otra les asiste una identidad sorprendente en el fenómeno íntimo y en el procedimiento psíquico en que se determina el choque y la rebelión.

Ambos son degenerados, en los cuales un desequilibrio congénito y el predominio de dos sentimientos individuales - afectividad y ambición - se sobreponen en el choque contra las condiciones del ambiente, con formas inferiores en cuanto á su explicación.

En ambos se nota la falta de la fuerza indispensable de adaptabilidad.

El sexo y el diverso ambiente determinan el modo distinto de reacción violenta.

Y aquí notamos un doloroso punto de contacto, y es el de las *víctimas necesarias* á su obra.

El *Salvat* simbólico del « Paris » de Zola se conmueve y deja correr dos gruesas lágrimas de dolor, al pensar en el miserable *trottin* destripado por su bomba; la bella princesa á su vez, prohíbe que se hable de su esposo y de sus hijos que aún conservan en el corazón de la mujer el lugar designado por la naturaleza, pero.... son las *víctimas necesarias*!

ARTURO RIVA

La delincuencia militar en Francia

Lo que Scipio Sighele escribía hace un año en su brillante libro *La delincuencia sectaria*, podría oportunamente repetirse á propósito de lo que en estos momentos sucede por obra de la casta militar en la República Francesa.

Aún sin elevarse á la altivez apocalíptica y catilinaria de Emilio Zola en su formidable *J'accuse*, basta haber seguido sin simpatías ó antipatías preconcebidas por los diversos personajes, el vasto y complicado drama militar-jurídico desarrollado en estos últimos meses alrededor del nombre de Dreyfus, para comprender todo el abismo moral que se esconde tras la inmensa red de ambiciones, de prejuicios, de intereses, partidistas y que forma la

pedra angular de la contienda en la cual queda empeñado, de hoy más, el honor de la Francia.

No se alcanzaría á comprender que para un hombre, por más culpable que se le suponga, pueda desencadenarse tan enorme tempestad de odios y encarnizamientos, si no se buscara la causa general y profunda del hecho en el espíritu sectario que surge del sentimiento de casta tan difundido entre la gente de armas. Si el fanatismo de religión y de raza entra sin duda como elemento importante en el fenómeno; si el *bigottismo* patriótico llevado hasta la exaltación morbosa de los Deroulede y de los Rochefort, sopla con ímpetu de huracán en la inconciencia de las multitudes, - el espaviento de la casta militar frente al error judicial que se desvanece ante la evidencia de las pruebas y por la confesión de dos de los instrumentos de este asesinato moral de un inocente - el suicida Henry y el prófugo Esterhazy, - es el espaviento de la complicidad que niega todavía, que grita estrepitosamente fingiendo indignación por que se osa dudar de su honorabilidad y buena fé, y trata de embrollar las cartas en manos de los que quieren ver claro en la enmarañada madeja, y ya por medio de la violencia, ya con el fraude, ensayan sofocar la verdad que desde hoy grita en el fondo de todas las almas desinteresadas.

La complicidad moral del Estado Mayor francés, en los manejos, en las intrigas, en las falsificaciones que debían conducir á la condena del inocente, es ahora tan evidente que es necesaria toda la ceguera de los ofuscados por el prejuicio para creer que el honor militar sea el antídoto contra toda pasión perversa, y para sostener la inocencia de los generales en este procedimiento insidioso contra la justicia.

Quien no recuerda, cómo en la época del primer proceso Zola, estos dos delincuentes engalanados Henry y Estherazy fueran acariciados, incensados por los Gefes del Estado Mayor y casi proclamados por ellos como salvadores de la Francia, ante la turba fanática que quería linchar al gran romancero?

Y sin embargo los generales sabían ya que esos dos desgraciados, hoy arrojados al mar, no habían sido más que los instrumentos ciegos de las voluntades misteriosas de la oligarquía militar, sabían bien que aquellos dos caballeros de la Legión de Honor eran dos vulgares falsificadores de documentos, testigos perjuros en el juicio penal de un inocente compañero de armas.

Ahora bien, esta forma de delincuencia contra el recto funcionamiento de la justicia organizada en nombre de la salvación del *soi dissant* prestigio del ejército, tanto al ejecutarse materiales de falsedad, al sustituirse documentos y mentiras juradas, por los instigadores y protectores antes y después de tales hechos criminosos, - reviste el carácter especial de complicidad correlativa que en las colectividades ligadas por intereses, privilegios, y ventajas comunes á salvaguardar, reproduce el tipo de la delincuencia sectaria de lo alto (la delincuencia fraudulenta) tan genialmente estudiada por Sighele en su mencionado libro.

Esta forma de complicidad criminoso, que como

real y positiva locura moral mina actualmente al Estado Mayor francés, recuerda psicológicamente la complicidad criminal de la baja delincuencia en algunas provincias de la Italia meridional. A esta última se le da el nombre de *camorra*, y es rejida por un pacto tacito de protección recíproca antes y despues del delito. Solo al delincuente que no *sienta* este espíritu de disciplina (y casi diríamos este *espíritu de casta* en el ejército criminal) se le deja abandonado al Código Penal. Se diría que el espíritu de la *camorra* ha invadido á diversas categorías de la oficialidad francesa.

El fenómeno que estudiamos no es más que uno de los aspectos — con relación á una forma curiosa de delincuencia colectiva — del fenómeno que nuestro colaborador corresponsal Guillermo Ferrero anatomiza en su libro sobre el *militarismo* en el capítulo que trata del Cesarismo militar en Francia. Ya que como dice Ferrero, el militarismo es en aquel país *un ingenioso sistema de intimidación habitual, por el cual todos desearían pero ninguno osa sublevarse contra la terrible tiranía impersonal de un poder que es tanto más temible cuanto que no se le vé*. (1)

La psicosis colectiva, tremendo huracán pasional de las multitudes — y en cierto modo el fundamento morboso de esta delincuencia militar, pero con esta diferencia esencial: que la primera es la base de la violencia impulsiva, y la segunda por el contrario, es la manifestación del fraude y de la violencia moral. Mas la psicología de una y otra delincuencia es la resultante de una masa de fuerzas combinadas de manera que obran sobre ellas, además de las pasiones é intereses individuales, las tradiciones y los prejuicios, las altiveces de la casta que delinque en un estado de auto-sugestión colectiva, para cumplir lo que cree de su deber hasta la crueldad, hasta el delito y terjiversando la antigua divisa del derecho social: *fiat justitia et pereat mundus*.

En el Estado Mayor francés no son nuevos los asesinatos judiciales; es famoso entre otros el del Mariscal Ney, pasado por las armas hace ochenta y tres años, noble víctima, á su vez, de la *camorra* militar que era en aquel tiempo instrumento servil de Luis XVIII.

Entonces, como ahora, de los grandes y pequeños odios de casta, los celos, las neurosis sangui-narias, causa y efecto á la vez, del oficio de hombre de armas, cuando en los momentos de ocio sueña con las locuras heroicas de la guerra, y en la pereza de la paz prolongada, suspira los épicos estragos de la batalla y, al mismo tiempo, la venenosa envidia hacia los compañeros de armas más afortunados, los inconfesables rencores de los idiotas por los competidores intelectuales, la bajeza con que se complace al superior, las prepotencias para vengarse de ellas en los subalternos, — todo esto que, en suma, forma la base de la gran *melée* social de los intereses y de la concupiscencia, y que en la vida militar — vista del otro lado de los aparatos coreográficos — se enreda tortuosamente

en el seno de la vastísima institución militar car-comiéndola hasta en sus más íntimas fibras, — se condensaba en fin y se arremolinaba como un huracán de perfidia y de crueldad colectiva contra todo el que fuese sospechado de querer librarse de aquella camisa de Neso que liga á los compañeros de armas por la propia naturaleza de la casta á que pertenecen, hoy en la gloria de un combate, mañana en la infamia de un delito que ninguno desea personalmente y que todos contribuyen á cometer.

Así, entre el caso del Mariscal Ney y el de Dreyfus — considerando la proporcionalidad entre los personajes y las épocas en que ambos dramas se desarrollaron — existe una verdadera relación histórica y psicológica.

Pero el fenómeno psico-patológico de la casta que delinque bajo el impulso de un sentimiento ó de un resentimiento solidario, se comunica en la forma de todos los contajos morales de los cuales nace el delito colectivo, al ambiente social en que esa casta vive, bajo distintos puntos de contacto y entonces muchos que no pertenecen á esa casta — periodistas, majistrados, hombres políticos — pero que respiran la misma atmósfera intelectual y moral, se hacen cómplices y protectores del delito ajeno.

En el asunto Dreyfus se ha probado ya la parte criminosa de falsario sostenida para salvar la pretendida dignidad del ejército francés, por el coronel Henry suicida o.... suicidado.

Ahora bien, refieren los últimos diarios de Europa que en Ponqui, país natal del difunto coronel, se ha lanzado la idea de elevar un monumento á su memoria.

La razón de tal proceder se encuentra en el epitafio que se piensa colocar sobre el monumento, y que dice: «Cuando un oficial está obligado á cometer una falsedad para restablecer la tranquilidad de su país, y desembarazarlo de un traidor — tal soldado es digno de piedad; si paga este acto con su vida, es un mártir, si él mismo se la quita, es un héroe.»

En este epitafio se sintetiza todo el ruinoso proceso de perversión moral contajado por el espíritu militar á una buena parte del alma del país aún cuando este sea tan grande y generoso. Pero con todo, es un verdadero documento humano de esta psicosis colectiva que estamos examinando.

Una elocuente demostración de que este vasto, pacto de maldad — el verdadero *foedus sceleris* de la asociación de delincuentes — contra la justicia, ha surgido de los más bajos sentimientos de casta, logrando hasta doblegar otros estados sociales no militares, — está en el hecho de que todos los sostenedores (paladines de la pluma y de la palabra) del cesarismo militar en Francia, aún en esta ocasión, son los mismos personajes que figuran en la gran comedia psico-patológica del Boulangismo, fenómeno monstruoso de psicopatía colectiva, conspiración enorme incubada en el seno del militarismo, á que se adhirieran todos los libelistas célebres y los aventareros más ilustres de la gran nación, desde Rochefort hasta la duquesa de Usés.

Hoy, el asunto Dreyfus, por más digno de pie-

(1) GUILLERMO FERRERO: *El Militarismo*. Milan, Fratelli Treves editores 1898 — Pagina 307.

dad que sea el caso de este inocente, sepulto vivo en las salvajes rocas de la Isla del Diablo, pasa en segunda línea, y el verdadero, el grande acusado ante el tribunal de la civilización, es el Estado Mayor del Ejército Francés. Contra él se vuelve precisamente el grave *Times* de Londres, comentando un severo artículo de Sir Lushington sobre el mismo tema: «En proporción de la grandeza del rol que representa la Francia en el progreso del mundo, en proporción de su importancia como generatriz y propagandista de ideas que tienden al bienestar social, en tal proporción está también la gravedad del daño que causa, cuando vemos que una *jigantezca conspiración de fraude y de violencia germina triunfante en su seno.*»

No hay ya nada que oponer á la evidencia aplastadora que demuestra que en las oficinas del Estado Mayor en presencia de los varios ministros de guerra que se han sucedido, el fraude, la falsificación, el perjurio y el soborno fueron practicados sistemáticamente en un plan preconcebido que constituye no solo la base psíquica, sino hasta la metódica división del trabajo criminoso, propia de las sociedades de delinquentes.

No hay duda ya de que si en este caso complejo, psico-patológico del militarismo francés, entran una infinidad de elementos variados é individuales y aún casi todas las pasiones altas y bajas que serpean en el alma del hombre,—la rueda principal que ha impulsado al colosal círculo de la administración de guerra francesa á convertirse en tácito instrumento de fraude y violencia, sabiamente disciplinado para hacer sucumbir de cualquier modo la verdad y la justicia,—es sobre todo lo que forma la esencia del espíritu militar en todos los tiempos y lugares, y que los psicólogos del militarismo desde Tolstoi á Passy, denuncian unánimemente: el orgullo de la casta, el orgullo desmedido que pretende poseer la clarividencia y la superioridad del honor y del brazo, sobre todo y sobre todos.

Tal sentimiento que nació en las épocas heroicas de las sociedades militares, como difusamente lo demuestra Spencer; que era en sus comienzos la osada fiera derivada de la conciencia en la propia fuerza y valor, y que bajo este aspecto constituyó un gallardo impulso para la evolución de la civilización, pero que poco á poco al cambiarse las formas de la guerra; al sustituirse el valor personal en la decisión de las batallas, por los instrumentos de exterminio colectivo,—se convirtió en una tradición vana de superioridad—que no existe ahora—sobre las demás condiciones sociales; en una forma crónica de megalomanía de corporación que sujeta hasta el delirio, hasta la perversidad, á individuos que, fuera de aquella atmósfera de embriaguez moral, de soberbia y prepotencia, habrían permanecido esencialmente honestos.

La idea de que de un monstruoso asesinato judicial como el de Dreyfus deba hacerse una expiación pública y solemne, ante la justicia y la historia, no cabe en el espíritu sectario del militar profesional engeguado por la sujeción de que los jefes del ejército no pueden equivocarse, aunque tengan que echar mano de un nuevo delito

para borrar las huellas del primer error—*abissus, abissum invocat*,—y que por lo demás, todo es lícito y permitido cuando se trata de salvar el *prestigio del ejército*.

Así por un frenesí colectivo del pretendido honor militar, el Estado Mayor de Francia está escribiendo en el gran libro de las infamias célebres, el más raro documento de locura moral que pueda precipitar una casta hacia su propia ruina.

Porque esta demencia que asocia en la complicitad de una larga cadena de delitos á ejecutores, instigadores y cooperadores morales, cree justificar la inmoralidad de sus acciones con un principio moral: el sentimiento del deber, y se parapeta para ello en una trinchera profesional: el espíritu de disciplina.

El ánimo jesuítico no enseñaba con mayor astucia, las transacciones entre los actos y la conciencia, y los bandidos de Calabria desencadenados por los Borbones y por el Papa, después de la época garibaldina, en el mediodía de Italia, mataban y desbalijaban á los transeúntes con idéntica tranquilidad y con la misma fé de que, por la virtud de los amuletos, habrían merecido igualmente el reino de los cielos.

El crimen de 9 de Julio.

El mes transcurrido ha sido trágicamente fecundo en hechos de sangre excepcionales perpetrados en distintos puntos de la República y de que se ha ocupado constantemente la prensa diaria.

Desde luego se nota entre esos hechos el considerable predominio de los suicidios cuyo incremento ha tomado en el país las más alarmantes proporciones, hasta el punto de haber preocupado seriamente la atención de los escritores y autoridades.

Para dar una idea de aquella proporción, bástenos constatar que sólo en un día se han cometido seis atentados contra la propia vida consumados todos ellos en jurisdicción de la capital federal.

Pero es indudable que la nota policial dominante en el período de tiempo á que nos referimos, es el doble homicidio y rapto cometido en el Partido de 9 de Julio el día 12 de Octubre p. p., hecho digno de mención bajo el punto de vista de la información y del estudio y que pasamos á analizar, consecuentes con nuestro propósito de relacionar en cada número el proceso más culminante entre los hechos producidos durante el último período mensual.

Antecedentes

La menor Paulina Damiani que vivía con sus padres, apreciados y honestos trabajadores de 9 de Julio, y en compañía de sus otros hermanos, niños aún, mantenía desde tiempos atrás relaciones amorosas con el sujeto Modesto Acosta, vecino también de aquel partido y que trabajaba en la Estancia del Sr. Carlos Diehl.

La joven Paulina había resuelto huir de la casa paterna en compañía de Acosta, fijando ambos para la fuga la noche del 12 de Octubre, teniendo en cuenta sin duda la circunstancia de festejarse en el pueblo aquel día las fiestas propias de tal aniversario, y la ausencia del padre

y del hermano mayor de Paulina, incidencias ambas que facilitaban la ejecución del plan.

A la hora convenida presentóse Acosta en el lugar del suceso y mientras se tomaban las últimas disposiciones del caso, la madre de Paulina que en ese momento dormía, saltó del lecho alarmada junto con su hijo Bautista, presentándose ambos como primer obstáculo al éxito del plan que empezaba á ejecutarse.

Acosta, viéndose sorprendido, agredió entonces á aquellos hiriéndoles de muerte con el cuchillo que llevaba consigo y que reproducimos aquí.

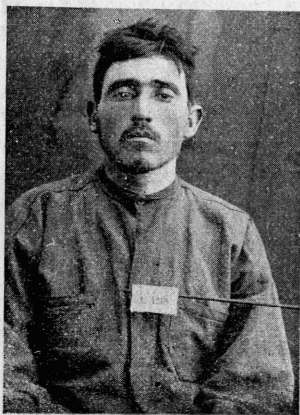
Consumado el hecho, ambos amantes emprendieron la fuga, llevando en su compañía á otra hermanita de Paulina, llamada Angela y de cinco años de edad, que había presenciado la escena.

La pesquisa

Poco después de sucedido lo que que da narrado, un peon

de la estancia del Señor Salazar, llegó á caballo á la casa de negocio de los Srs. Barrera, solicitando el auxilio de los agentes de seguridad que se hallaban allí, y llevando la noticia de que la familia Damiani había sido asesinada.

Era todo lo que se sabía, pues el peon no podía dar mayores detalles, limitándose á explicar que su patrón lo había despachado de la estancia con gran apuro para requerir la intervención policial.



La noticia circuló con rapidéz y el oficial de policía Melioredó telegrafió inmediatamente al Comisario de la Sección, dando orden, al mismo tiempo, al facultativo Dr. Buccico de trasladarse al teatro del suceso, y partiendo luego con igual destino en compañía de dos agentes.

Mientras tanto el médico nombrado, el Sub-Inspector Municipal Señor Zubieta y algunos amigos de ambos, llegaban á la chacra de Damiani, en-

contrando allí al oficial expresado y á Damiani, presa este último de la mayor desesperación.

Las puertas de las dos piezas en que se había cometido el hecho se hallaban destrozadas y con los vidrios hechos pedazos. Junto á una de ellas y hácia el interior, yacía el menor Bautista, de 14 años de edad, bañado en sangre y acribillado su cuerpo por quince cuchilladas. La madre, muerta también, se hallaba del lado de afuera, presentando su cadáver una profunda herida en la región clavicular derecha y otra en el costado izquierdo.

Una vez que el oficial de policía dió cumplimiento á las primeras diligencias indagativas del caso, y después de elevar el consiguiente parte por medio de un chasque

al Comisario del Partido, salió precipitadamente para Pehuajó tras la pista de los autores del hecho, pues algunos antecedentes suministrados por Damiani, hicieron recaer las sospechas, desde el primer momento, sobre un peon conocido con el nombre de Baldovino y sobre Modesto Acosta.

Se sabía además que este último era peon de la Estancia del Sr. Diehl por cuya razón se envió allá á los dos agentes policiales. Al mismo tiempo, la Comisaría de 9 de Julio dirigía telégramas á La Plata y á las secciones limítrofes.

La desaparición de Paulina y de su hermana menor, y la conocida historia de sus amores con Acosta fueron las circunstancias reveladoras de que el móvil del crimen había sido el rapto de aquella, máxime cuando en la casa nada faltaba, descartándose así toda idea de robo. De manera que la pre-

sunción de culpabilidad por parte de Acosta era casi un convencimiento.

Pero Acosta no fué hallado en la Estancia, y en cuanto á Baldovino, se supo por un cuñado suyo, que trabajaba en el establecimiento «San Juan», como en efecto, se pudo constatar después.

El oficial Malioredo organizó una batida seria, recorriendo en persona y durante cuatro días, más de ciento cincuenta kilómetros de camino entre Bolívar y Pehuajó, despachando comisiones al primero de estos puntos y á Guamini, y volviendo á Casares con la noticia de que el cabo Gomez seguía la pista de Acosta quien no tardaría en ser capturado, merced á las informaciones sobre el paso de este, recojidas por el primero durante el trayecto.

Y en efecto, tres días después, á las seis de la mañana, el meritorio de policía de Pehuajó y el cabo Gomez aprehendían á Modesto Acosta en un rancho situado á unas tres leguas de Currumalán, conduciéndolo á 9 de Julio con las menores Damiani.



Datos del proceso

Acosta, convicto y confeso de su crimen y sin alegar en su favor atenuante alguna, declara haberlo cometido al solo objeto del rapto de Paulina á quien acusa como cómplice, afirmando que ella tomó una participación directa en el hecho.

Esta en cambio, sostiene que por el contrario, trató de evitarlo todo, saliendo á la defensa de las víctimas y llegando hasta amenazar á su amante con una escopeta

descargada que allí existía. Agrega que no pudiendo conseguir aquel propósito, siguió á Acosta para evitar su muerte y la de Angela á quien llevaron consigo.

Producido el careo entre los cómplices, ambos se mantienen en sus primitivas declaraciones.

Veamos ahora la versión de la niña Angela Damiani que, como hemos dicho, solo cuenta cinco años de edad y cuyo testimonio reviste especial importancia, no solo por tratarse del único testigo presencial del hecho por la ingenuidad que en sus actos y palabras revela, sinó también por aquello de que « los niños y los locos dicen las verdades », aun cuando este proverbio no esté de acuerdo con las disposiciones del Código de Procedimientos en Materia Criminal en lo tocante á la edad que deben tener los testigos para que sus declaraciones hagan plena prueba.

Angela sintetiza su declaración de una manera admirable en la siguiente exposición:

Estábamos en cama, cuando llegó Modesto rompiendo la puerta con un poste del alambrado. Mama se despertó y Modesto la mató. Bautista quiso defender á Mama y también lo mató. Después quiso matarme á mí, pero Paulina no quiso y por eso me llevaron. En el camino quiso matarme otra vez pero Paulina le dijo que entonces ella también se mataba ».

Por otras presunciones y diligencias practicadas en el sumario, se hace más que probable la complicidad de Paulina aún cuando no se trate de una participación directa en la ejecución de los hechos principales. Su huida con Acosta, después de cometido el delito, y el apego demostrado hacia él durante el viaje, confirman por sí solos esta presunción.

El sumario se instruye activamente y en opinión de los funcionarios que en él intervienen, sus constancias determinarán con exactitud los antecedentes y circunstancias del hecho, y la respectiva posición de sus agentes.

La pena aplicable al caso de Acosta en general, sería la de muerte, prevista por el art. 95, inc. 1º del Código Penal, y con respecto á Paulina, en el caso probable de constatarse su complicidad sin participación activa en el hecho, correspondería la de penitenciaría desde diez años hasta por tiempo indeterminado (art. 34, inc. 1º).

Antropología del delincuente

Los retratos que publicamos son reproducciones de las fotografías de Modesto Acosta tomadas de frente y de perfil por la Oficina de Identificación Antropométrica de La Plata que dirige nuestro compañero de Redacción el Sr. Juan Vucetich cuyos importantes trabajos sobre identificación son bien conocidos.

Modesto Acosta es oriental, soltero, de veinte años de edad y de profesión jornalero. Es hijo de Vicente Acosta y Teresa Alfonsín. No ha tenido otras entradas á la policía. Su instrucción es nula.

En su familia no hay antecedente especial que merezca consignarse.

Estatura 1.62; busto 0.31; brazos extendidos 1.72; antebrazo izquierdo 0.45; dedo medio izquierdo 0.11; auricular ídem 0.8; pié ídem 0.25; largo del cráneo 0.18.7; ancho del mismo 0.13.9; largo de la oreja derecha 0.6.2; color del iris, castaño-medio, verdoso; frente fugitiva; nariz convexa-recta, bajada; cabello castaño, mediano; color de la cara, blanco percutido. — Tiene varias cicatrices en el cuerpo. El dedo índice del pié es más largo que el pulgar.

Psicológicamente estudiado, Modesto Acosta puede clasificarse en la categoría de los locos morales, teniendo en cuenta la *naturalidad é inutilidad* con que ha perpetrado tan bárbaro crimen, la confesión pura y simple de su culpabilidad, su falta absoluta de arrepentimiento y su estado de tranquilidad. Narra el crimen sonriendo y sin omitir detalle alguno.

Acosta no necesitó raptar á Paulina con quien mantenía relaciones ilícitas de mucho tiempo atrás. Y aún cuando así no fuera, no necesitó tampoco hacer dos víctimas para lograr ese objeto. Ni la madre de Paulina, ni su hermano Bautista de trece años de edad habrían podido evitar la fuga, tratándose de un rancho aislado en medio de las soledades del campo, sin alumbrado ni vigilancia cercana. Pero él vió un *inconveniente* á su plan en en estas dos víctimas, y lo salvó con diez y siete puñaladas.

Luego pensó que Angela *incomodaba* para la fuga, y también quiso matarla por dos veces, como lo habría hecho á no impedirlo Paulina. Su exclamación: *no me maten!* profirió al ser arrestado y las *chanzas* con que contestó á las primeras preguntas que se le hicieron, son otras tantas características de la locura moral.

Esta conclusión se confirma, además, por algunos estigmas anatómicos que revelan al exterior la expresada degeneración — frente fugitiva, pómulos salientes, mandíbula voluminosa,

cabello poblado y grueso, expresión deprimida, etc.

Acosta es también epiléptico.

Paulina Damiani

El grabado inserto representa á Paulina Damiani, italiana de diez y ocho años de edad, teniendo á su lado á su hermana Angela.

Moralmente, el crimen es con respecto á ella más monstruoso aún, pues es cómplice á quien comprenden las agravantes de parricidio y fraticidio.

Es también analfabeta. Su actitud y condiciones psicológicas permiten clasificarla igualmente de loca moral.

No siente absolutamente la muerte de su madre y su hermano; no tiene afectos por nadie, y lo que es más, declara no amar ni haber amado nunca á su amante Acosta, apesar de haber huido con él y ser este el padre del ser que ella lleva en las entrañas!

Como puede verse en el retrato, la fisonomía de Paulina es indiferente hasta la obtusidad y su mirada fría y estúpida.

Ambos amantes son pues moralmente idénticos — tal para cual — y esto explica el caso de la *pareja criminal*.

Curioso.



Cronica Judicial

EL PROCESO ETCHEGARAY

También en la República Argentina, el soplo de las nuevas doctrinas criminalistas empieza á hacerse sentir en los anales del empirismo penal que informa ésta y las demás legislaciones modernas.

A la rigidez de la fórmula apriorística que mira tan solo á la materialidad del hecho criminoso y á sus efectos, se empieza á oponer el estudio objetivo y consciente del criminal.

Entre otras tentativas hechas en tal sentido por ilustrados defensores, merece especial mención la del proceso contra Gabriel Etchegaray, matador de Juan B. Wanklin, hecho que impresionó vivamente á la sociedad bonaerense por la condición social de los actores en este drama de sangre.

La familia Etchegaray, fundadora de una de las industrias más fuertes de la República, cayó en una grave desgracia financiera por una de aquellas intrigas que son frecuentes en las altas finanzas.

Gabriel Etchegaray, educado en un colegio dirigido por jesuitas, antes que adaptarse á las nuevas condiciones de vida y de lucha, chocó con ellas, consiguiendo una profunda alteración en su carácter.

Buscó en el licor el olvido de sus desventuras y esa fuerza artificial que su organismo psíquico, ya predispuesto á las alteraciones, no le consintió.

En el desequilibrio consiguiente, el sentimiento religioso resurge en él y se agiganta con toda la fuerza históricamente atávica de la superstición y de la alucinación. La idea de la injusticia sufrida, lo absorbe porque él la concibe como una ofensa á la divinidad; la necesidad de venganza asume la forma religiosa, y él se cree entonces enviado por el Cielo para restablecer sobre la tierra el imperio de la justicia, y así en la primer ocasión, ataca al que cree infiel, al que cree autor principal de la injusticia, de su desgracia, Juan B. Wanklin.

Cometido el delito, lejos de restablecerse el equilibrio psíquico, como sucede en los delincuentes pasionales y ocasionales, la locura moral del delincuente encuentra en la cárcel y en el procedimiento una nueva confirmación de su martirio, de tal modo que solo vé en su defensor, el Dr. Emilio Gouchon, una encarnación de San Francisco!

El Juez de la causa, Dr. Tomás de Veyga, la defensa y aún la acusación han recurrido en este caso á la ciencia médica y los más ilustrados intelectuales en la materia han tomado parte en este proceso, con tres trabajos de verdadero mérito que demuestran el progreso alcanzado por las nuevas ciencias aplicadas.

Los Drs. Hernandez y Alba Carreras, médicos de los Tribunales, y los Drs. Cabred, Ayarragaray y Lagarde por la defensa, han admitido unánimemente la imperfecta estructura psico-física de Etchegaray concluyendo por su completa irresponsabilidad, por delirio religioso sistematizado y pri-

mitivo, conviniendo en la necesidad de recluirlo en un manicomio. La única divergencia entre los facultativos nombrados consiste en que los médicos de los Tribunales no se creen suficientemente autorizados en este caso para establecer con seguridad la locura completa del agente en el momento del crimen. Los Drs. Podestá, Solari y Ramos Mejía, de la acusación, niegan la irresponsabilidad en sus trabajos llenos también de valor científico, si bien en esta divergencia procedente del incorrecto método de la pluralidad de las pericias, la ciencia y la justicia pierden mucho de la unidad y seriedad de que nos ocuparemos más tarde tratando de la reforma del procedimiento sobre este punto.

La defensa de Etchegaray, en un voluminoso trabajo analítico, ha sostenido con toda clase de argumentos de hecho y científicos, la conclusión de los facultativos de los tribunales y médicos de la defensa. A esto responderá la parte acusadora y en breve el Juez Dr. de Veyga estará llamado á pronunciarse sobre tan grave asunto, y decimos grave no solo porque se trata de personas distinguidas, sino también por el debate científico á que ha dado lugar y especialmente por las grandes ventajas que pueden reportar á la ciencia y á la justicia estas primeras luchas en que las armas nuevas deben usarse con criterios superiores que muchas veces sufren en la vida práctica la influencia violenta de falsos razonamientos fundados en los intereses y en la oportunidad.

SACERDOTE Y BANDIDO

Como caso escepcional y digno de estudio, relatamos el curioso fenómeno del Reverendo Nigron Hilgard de que tanto se ha ocupado la prensa norte-americana en el mes de agosto último.

El *clergimen* que siendo — en apariencia al menos — el modelo del ciudadano, fué también el apóstol en la tierra, el predicador predilecto del lugar, el paño de lágrimas estimado y adorado por las masas, merced á su gran afecto por los desgraciados, y su caridad eterna y proverbial.

Pero su santidad y poder no bastaban por sí solos á conjurar en las aldeas de la provincia los asaltos de los ladrones que se apoderaban de los rebaños, que herían y mataban á los guardianes en la impunidad de una destreza y un valor excepcionales.

Fué recién después de cuatro años de tales luchas en las tinieblas, después de numerosos asesinatos y depredaciones, y á continuación de un verdadero combate que duró siete horas, — que en la semiobscuridad de una mañana invernal, los fieles reconocieron en su reverendo pastor estimado y adorado, al temido bandido que solo cedía ante el número y efecto de cuatro heridas!

El hecho en sí tiene todo el carácter de un romance, pero á la mente fría del criminalista se presenta como un enigmático problema científico, este hecho complejo de sentimientos é instintos en su extraña fusión del apóstol creyente y caritativo con el vulgar malhechor de las tinieblas.

El hábito diurno del apóstol de la fé y de la

caridad era el engaño escogido por una mente pervertida al servicio de instintos bajos, ó el extraño resultado de una locura moral de carácter religioso ante la cual hasta el asesinato se consideraba lícito para allegar los medios destinados á aliviar las miserias de los semejantes?

También los más tímidos y convencidos dominicanos, aclamaban la santidad de los estragos religiosos para la salvación de las almas!

El proceso suministrará, quizá, á la ciencia los elementos necesarios para dar una respuesta á tan interesante proposición.

Guía del Estudiante.

Tendiendo siempre á la mejor consecución de los fines que esta Revista se propone, llenar un notable vacío en el campo jurídico y científico sud-americano, — la Redacción ha resuelto dedicar una sección en sus columnas á la historia bibliográfica, diremos así, de la ciencia que forma su objeto, con el propósito inmediato de que los que deseen hacerse estudiosos en la materia, encuentren aquí la guía más segura á través del gran mar de la literatura de que ya puede alabarse la criminalología moderna.

En este primer número expondremos someramente los caracteres generales de la escuela positiva del derecho penal, y sus orígenes en relación con la escuela clásica. En los números sucesivos seguiremos nuestra ciencia á través de las obras de sus más distinguidos fundadores y cultores.

ESCUELA CLÁSICA Y ESCUELA POSITIVA

ESQUISSE HISTÓRICA.

La metafísica apriorística que por largos siglos ha informado y dominado todo el saber humano en su progreso y desenvolvimiento, y que hoy parece completamente vencida en las otras ramas de las ciencias, aún no ha cedido del todo con respecto al derecho punitivo, ante la crítica experimental y las nuevas doctrinas, de tal modo que aún impera en las legislaciones como un anacronismo, en estriidente contraste con las victorias del experimentalismo que es ahora la característica del raciocinio científico. Pero no es este un motivo para desorientarse, si se consideran los grandes progresos hechos por la criminalología moderna en un período de tiempo relativamente breve; las ásperas batallas sos-

tenidas con adversarios formidables; las primeras brechas abiertas en las clásicas murallas de las legislaciones ortodoxas, y las victorias obtenidas en la práctica judicial, hechos todos que demuestran que no está lejano su completo triunfo como ciencia aplicada.

En la titánica y grandiosa lucha de la mente humana, por lo nuevo y contra lo desconocido, en nombre de la ciencia y por la humanidad, se verifica que si para muchas ciencias no solo es causa principal sino única de progreso, el desenvolvimiento lógico y natural de las mismas, y ciertas revoluciones radicales del pensamiento, — es la mayor parte de las veces, mayor determinante é impulsiva la permanencia y acrecimiento de los fenómenos estudiados y combatidos por una ciencia, y el perfeccionamiento de ella como método.

Así sucedió con la criminalología moderna que si es el fruto de los nuevos triunfos científicos que han preparado sus elementos, como ciencia social es también la consecuencia inmediata de la perfección alcanzada por el derecho penal que la precedió, *perfección* que contrasta dolorosamente con el incremento gradual de la terrible plaga de la humanidad que es el *delito*, reconociéndose así el error, la impotencia, y por consiguiente la necesidad de nuevas bases y de nuevos métodos.

Desde Beccaría hasta Pessina y Carrara, el derecho penal clásico había llegado al mas alto grado de desenvolvimiento y podemos decir de perfección, como ciencia sistemática, debido todo ello especialmente á aquella mente selecta de pensador que fué Francisco Carrara quien por consiguiente tuvo razón de afirmar que había alcanzado en el derecho criminal cuanto era posible alcanzar.

Pero las mismas conquistas de la escuela clásica, las concesiones que se veía obligada á hacer á sus adversarios en orden á los factores del delito, cada vez que el fenómeno humano llamado *delincuente* se imponía como mas fuerte y sugestivo que el fenómeno *delito*; y mas aún, el *incremento gradual de la delincuencia*, señalaron la bancarrota de la escuela clásica que si como teoría había llegado á su perfección,

se mostraba impotente en el campo de la práctica humana.

No siendo posible mejorar lo que es ya perfecto, era forzoso *innovar*, y de ahí la revolución operada en todas las demás ciencias desde Galileo en adelante, y así se explica que el experimentalismo tomara bajo su protección á la ciencia jurídica, hasta entonces rebelde.

La revolución fué radical, como no podía menos que suceder. Mientras la escuela clásica tenía por fin, con Beccaria, *la disminución de las penas*, la nueva escuela se propuso *la disminución de los delitos*. La una había estudiado hasta entonces el delito en sí, como *violación de un orden jurídico supremo* metafísicamente concebido; la otra tomó por objeto de sus estudios al *delincuente* y á los *factores* del delito.

Existiendo entre sus elementos el proporcionado por la evolución del pensamiento moderno, la nueva ciencia no fué, ciertamente, creada por sus grandes instituyentes, Ferri, Lombroso, Garófalo, etc. sinó sentida y preconizada por autores precedentes. Anunciada como crítica á las ciencias imperantes, pero crítica hecha con armas absolutamente modernas, pasó desapercibida en un período vago de afirmaciones y desmentidos, en un período de transición en que los tres elementos: *jurídico*, *individual* y *social*, que después concurrieron á formarla, se afirmaban aisladamente y aún se contradecían.

Al fin, de tal contraste nació el acuerdo último y definitivo.

Del primer período que llamaremos *crítico* debe recordarse entre otros á Beltrami-Scala que con su *Estudio sobre las doctrinas carcelarias y penales en relación con la estadística y la antropología*, señaló la primera tentativa afortunada queriendo pasar al estudio de las penas y al del culpable en sí, con el conocimiento de los factores del delito. A este mismo período pertenece también la aparición de la revista en cuyas columnas se libraron las primeras y más fecundas batallas en nombre de la nueva ciencia, es decir, el Archivo de psiquiatría, antropología, criminalología y ciencias sociales y penales.

Lombroso siguiendo las huellas indicadas de Muchler y Lauvergüe, planteó com-

pletamente con su *Hombre delincuente* uno de los polos fundamentales de la escuela clásica, dando sin embargo absoluta importancia al elemento individual y olvidando completamente los otros factores del delito.

Ferri con su obra *La teoría de la imputabilidad y la negación del libre albedrío*, mientras llevaba la voz de la ciencia jurídica entre los debates de los antropólogos criminalistas en quienes condena las exageraciones unilaterales, trataba de afirmar la nueva ciencia, dando un golpe mortal al eje fundamental de la escuela clásica del *libre albedrío*; pero al proceder así, solo reemplazaba el concepto y las bases de la *responsabilidad*, la *voluntad* metafísicamente afirmada en la libertad absoluta, por la inteligencia, ó sea en la *naturaleza de los motivos determinantes* como frutos del raciocinio.

La ciencia nueva se rebeló ante esta sustitución apriorística de principios metafísicos y los excesos de los antropologistas, debido especialmente á las críticas de Garófalo, de Turati y aún de Colajanni los cuales demostraron así mismo la gran influencia del elemento social ó ambiente como fuente de los factores determinantes. Y es este el segundo período que hemos llamado de transición y que conduce á la afirmación y sistematización definitiva del nuevo pensamiento científico que se siguió, debido especialmente al esfuerzo de Ferri que en sus dos obras magistrales *El derecho punitivo como función social* y *Los nuevos horizontes del Derecho y procedimiento penal*, planteó las bases verdaderas sobre las cuales la nueva teoría ha ido desarrollándose y ascendiendo á la dignidad de ciencia positiva, y al esplendor de que hoy se jacta como ciencia social.

Los antropologistas y sociólogos se apartaron de su unilateralismo, y los tres elementos preindicados, con las obras de que hemos hablado, concurrieron al triunfo de la nueva escuela.

Reasumiendo brevemente las características de las dos escuelas de derecho penal que se combatieron y se combaten aún en el campo científico, cruzando sus armas hasta en el terreno de la práctica, tenemos que ambas difieren en el *método*, en el *fin* y en los *medios*.

Como se ha dicho, la una se proponía la *disminución de las penas*; la otra tiende á la *disminución de los delitos*; la escuela clásica estudia el *delito*, la positiva el *delincuente* en sí, como producto social y en los factores especiales del delito.

La escuela clásica justifica el derecho de castigar de la sociedad como una *facultad* metafísicamente concebida, en defensa de un orden jurídico supremo del cual es violación todo delito que requiere una pena para restablecer el desequilibrio.

La escuela positiva niega tales concesiones, afirmando y proclamando á su vez el derecho de la sociedad, no á castigar por delegación alguna ni en homenaje á un principio exterior á ella, sinó á *defenderse* como cualquier otro organismo, en la lucha por la propia conservación y desenvolvimiento progresivo.

Las bases fundamentales en que reposa el concepto de la imputabilidad, son, segun la escuela clásica:

1º Libre albedrío ó libertad moral del individuo.

2º Consiguiente identidad del delincuente con todo otro hombre.

3º Las penas sancionadas como precio de la delincuencia.

La escuela positiva, por el contrario:

1º Niega ó prescinde del libre albedrío.

2º Afirma, con la ayuda de la antropología y de la sociología, que el delincuente no es hombre normal, ni son idénticas las condiciones en que puede explicarse su actividad.

3º Prueba, con las estadísticas, que la aparición, incremento y desaparición del delito, no tienen nada que ver con las penas, sinó que proceden de un conjunto complejo de causas individuales, sociales y metereológicas de diverso origen y caracter.

BRUNO

Bibliografía

La literatura de la ciencia penal moderna aumenta día por día hasta el punto de hacerse difícil el seguirla en sus obras de todos los géneros y de tan distinto valor. Pero es grato recordar al menos que pocos años hace, aquella literatura parecía reducirse á los trabajos de los grandes maestros.

Entre las publicaciones últimas, la mas digna de mencion es sin duda alguna el libro de Antonini y Cognetti De Martiis sobre el genio de Alfieri.

Pertenece al mismo género de trabajos positivos particulares con que Lombroso planteó los principios fundamentales de su teoría é inició la gran-

diosa lucha de los antropologistas, completando en su *Genio e Follia*, con una síntesis maravillosa, toda la obra de sus predecesores. En el libro de que hablamos, uno de sus autores, Antonini, examina especialmente la autobiografía del gran dramaturgo italiano.

Cognetti, estudiando el material de esa autobiografía y de cuanto se ha escrito acerca de Alfieri, hace su análisis psiquiátrico bajo el punto de vista de la herencia.

La autobiografía llena de datos particulares que pueden parecer insignificantes ante el criterio superficial, pero que revisten una gran importancia para el examen psiquiátrico, suministra un verdadero tesoro para el estudio que se proponen los autores.

Es característica en Alfieri la sensibilidad morbosa acompañada por la idea fija del suicidio intentado por él, en efecto, á los siete años de edad; y son igualmente extrañas las anomalías del instinto sexual: en su adolescencia padeció de *iperlogesia* y depresión de ánimo.

Segun su propia confesion, la manía de los viajes no procede en él de un deseo de ver, de estudiar ó de instruirse, sinó de un verdadero *impulso ambulatorio* resultado de la tension nerviosa de muchos dejennerados.

De la epilepsia que sufría es elocuente prueba la misma narración que hace Alfieri, de las graves heridas que infirió á un criado suyo por un fútil motivo, y que fué el efecto de un sacudimiento repentino acompañado con una suspension absoluta de la conciencia.

Su vida entera es una prueba del desequilibrio psíquico, del estado de semilocura en que se hallaba, de manera que en el huracán de aquella alma, las alas impulsivas son los continuos episodios.

Solo en la vejez, el agotamiento produce aquel estado de melancolía que, al decir de Lombroso, es comun á todos los genios por su inmensa sensibilidad, y es en razon de esto que Alfieri se pasaba dias enteros sin dejarse ver y hasta sin hablar ni con sus servidores.

Con estas premisas se explican muchas de las costumbres de Alfieri, como la de usar entre casa trajes de varias piezas unidos por cintas, de manera á poderse los quitar con facilidad segun las variaciones de la temperatura.

De igual modo se explica, por la impulsividad frenopática, los demás hechos que los biógrafos *ad usum escolastico* hacen notar como actos de energía tales como el de haberse hecho atar en una silla para obligarse á estudiar!

De Martiis prosigue con un estudio fisionómico sacado del retrato ejecutado por Fabre y conservado en la Galeria *degli Uffizi*, en el que confirma en este caso las teorías lombrosianas.

El autor nota en Alfieri la falta, comun á muchos genios, del tipo regional; la frente lijeramente hidrocelática con caracteres de feminismo; en sus ojos grandes constata, hácia abajo del iris, una faja blanca de esclerótica característica de los hombres pasionales con tendencias á la locura.

Observa en fin el autor, como prueba del estado morbo de la psiquis de Alfieri, el acceso psicomotor producido con vómitos, espasmos del diafragma y convulsiones generales que lo asaltaban á menudo y que duraban algunas veces hasta cinco dias.

Estos accesos, hace notar Cognetti, aún cuando no se manifiesten acompañados por la pérdida de la conciencia, pueden considerarse como equivalentes de la epilepsia, segun últimas teorías de la ciencia moderna.

Este trabajo de Antonini y Cognetti que viene á aumentar la cadena formada por los estudios hechos sobre el Tasso, Rafael, Leopardi, Manzoni, etc., señala un nuevo progreso en el estudio de ese gran fenómeno humano que es el genio, el problema mas enigmático que hasta el presente haya sido sometido á la ciencia. X.

CUADROS DEMOSTRATIVOS

del movimiento carcelario y de la delincuencia, en el Municipio de la Capital, durante el mes de Setiembre de 1898

MOVIMIENTOS DE CÁRCELES.

MOVIMIENTO	CÁRCEL PENITENCIARIA				CÁRCEL CORRECCIONAL DE MUJERES Y MENORES				CASA DE CORRECCIÓN DE MENORES Y VARONES DE LA CAPITAL			
	Menores	Condenados	Encausados	Total	Condenadas	Encausadas	Menores enviados por la defensoría	Total	Condenados	Encausados	Menores enviados por la defensoría	Total
Existencia el 31 Agosto 1898 . . .	1	591	680	127	10	40	208	258	5	34	146	185
Entrados	—	27	374	401	4	35	92	131	47	22	51	120
Totales	1	618	1054	1673	14	75	300	389	52	56	197	305
Salidos	—	21	357	378	—	33	65	98	21	20	8	49
Existencia el 30 Septiembre 1898 .	1	597	697	1295	14	42	235	291	31	36	189	256

ESTADÍSTICA POLICIAL.

Delitos

NATURALEZA	Número de delitos
Contra la persona	201
Contra la propiedad	385
Contra la honestidad	—
Contra las garantías individuales y el orden publico	53
Total	639

Contravenciones

CAUSAS	INDIVIDUOS ENTRADOS		TOTAL
	En el De- part'o	En las Comisarias	
Ebriedad.	1515	144	1659
Desorden	318	124	442
Uso de armas y otras contra- venciones	295	182	477
Totales	2128	450	2578

Accidentes

Accidentes	Víctimas
186	183

Incendios

Incen- dios	Pér- didas	Valores aseg'dos
12	371263	376100

Suicidios y tentativas

RESULTADO	Varones	Mujeres	TOTAL
Suicidio	2	—	2
Tentativas	9	4	13
Totales.	11	4	15

Pro Scientia

De un tiempo á esta parte se habla y se escribe en contra de las profesiones liberales, con un encarnizamiento que nada justifica. Se mencionan plagas de gente ilustrada que nos invade y se aconseja que se dificulte y se trabe la carrera universitaria, en lugar de bregar por lo contrario como sería lo lógico y racional.

Es increíble que se hable en semejante tono, so pretexto de que ya sabemos demasiado, en un país como este, que en lo que á la ciencia respecta, empieza recién á dar sus primeros pasos vacilantes.

En efecto, hasta ahora no hemos hecho más que acumular conocimientos importados; juntar unos cuantos ladrillos extranjeros que servirán de cimiento para la futura ciencia nacional, cuya aurora está aún lejos de brillar en nuestro cielo. Un cálculo optimista nos lleva á entrever un día feliz, no lejano, en el que nuestros sabios pesen en el mundo científico y sean, no ya simples asimiladores, sino focos de luz con irradiación propia.

Pero para llegar á tal *desideratum* necesitamos pasar por la lenta evolución por la que han pasado las que son hoy grandes naciones. El aforismo « *natura non facit saltus* » es aquí más cierto que nunca. Es necesario recorrer pacientemente la senda escabrosa que nos conduce á fin tan noble y debemos de estar orgullosos de lo que hemos hecho, si consideramos que nuestro país cuenta solo la vida de un hombre.

Sin embargo al trepar por los primeros peldaños que nos llevarán á la cumbre desde donde se dominan todos los horizontes, sentimos que nos detienen ó nos rechazan pretendiendo hacernos retroceder por el camino recorrido, lo que, no habiendo pasado jamás el nivel de las llanuras, temen, para la fuerte generación que sube, el vértigo de las alturas.

Quiénes son ellos y cuáles sus argumentos?

No hablaremos aquí de los ignorantes que sacan fuerzas de su propia ignorancia para escupir al cielo, ni de los que habiendo carecido de firmeza moral para penetrar resueltamente en el escabroso terreno de la ciencia, hablan en contra de lo que tanto codician: la recompensa que no fueron capaces de obtener; ni menos de los que llegados al final de su carrera, en vez de tender la mano para ayudar á los que aún luchan, tratan de colocar piedras y abrojos en el camino de estos, porque, sin confianza en sus propias fuerzas, temen la competencia en la noble lucha de la inteligencia.

No, no nos detendremos á analizar los mezquinos argumentos de los grandes enemigos del progreso y buscaremos solo las objeciones que en contra de su desarrollo hacen los hombres sinceros, sugestionados, tal vez, por la prédica diaria de los que nosotros consideramos fuera de concurso.

En primer lugar, se dice que el número de graduados es excesivo relativamente á la población de la República. Vamos á ver si esto es cierto con las estadísticas en la mano:

Tenemos ante la vista un trazado gráfico publicado por la « *Semaine medical* » de Paris en 1896, en el que se estudia la proporción de médicos por cada diez mil habitantes en todas las naciones de Europa. De él sacamos los siguientes datos: — Inglaterra é Italia 7 ‰; Francia, Alemania y Noruega 6 ‰; Grecia 3 á 4 ‰ y Rusia 2 á 3 ‰.

Los rusos que son los más pobres en este sentido, se han apercibido de ello y ultimamente el gobierno ruso declaró que haría todo lo posible porque se alcanzara á la proporción de las demás naciones europeas, haciendo esto sinónimo de progreso.

Ahora bien, compárese estas cifras con las mezquinas que arrojan nuestras propias estadísticas y veremos con asombro que aquí hay dos médicos por cada cien mil habitantes, es decir 10 á 15 veces menos que en Rusia, donde se quejan de la escasez de estos!

Pero parece que aquí tenemos un modo muy distinto de pensar, á pesar del miserable número de graduados que casi podemos contar en los dedos todos los años. Protestamos porque aumenta el número á medida que crecen las necesidades de la población, en vez de sentir por ello un justo orgullo y contribuir por nuestra parte á fomentarlo.

Si echamos una rápida mirada hacia el interior de la provincia de Buenos Aires, nos encontraremos con partidos que solo cuentan con dos, uno ó ningún médico, estando condenados, en estos últimos, los habitantes á morir pasivamente porque se les atravesó una espina en la garganta ó porque no hay quien sepa aplicar un forceps. Prueba de esto son los pedidos de médicos que leemos diariamente en los periódicos.

En las provincias alejadas sucede algo análogo, no ya en los puntos muy distantes de las capitales, sino en estas mismas desde donde vemos venir continuamente á esta, grupos numerosos de enfermos buscando alivio para sus males.

En los territorios nacionales los maestros de escuela se ven obligados á vacunar á sus alumnos, *bon gré mal gré*, como se puede ver en las notas que dirijen al Cuerpo Médico Escolar de la Capital.

Si alguien objetara, no sin razón, que aquí existe la tendencia de concentrarse en el municipio, le contestaríamos que la concurrencia misma y la lucha por la vida, se encargarán paulatinamente de dispersar á los obstinados, como ya empezamos á notarlo.

Las corrientes excéntricas aumentarán forzosamente, porque es ley fatal en las agrupaciones humanas, á medida que la vida en el centro se haga más difícil, que los medios de transporte se perfeccionen y que las sociedades alejadas aumenten en recursos y necesidades. Hoy es casi un destierro, mañana será una necesidad de subsistencia.

No es seguramente disminuyendo el número, que aumentará la corriente hacia el interior, como es fácil comprenderlo.

Otro argumento poderoso es el abandono que se hace de los demás rumbos dignos de ejercitar

la actividad humana y fuentes de riqueza de la nación.

La industria, la agricultura, el comercio, etc., que por culpa de las profesiones liberales, según se dice, están en el más lastimoso abandono.

Cuanto agradecimiento le debe la industria á la ciencia y cómo ha multiplicado esta el patrimonio de aquella!

Las ciencias son el gran motor de las industrias, pues no solamente perfeccionan su arsenal técnico abriéndoles nuevos horizontes, sino que hay un gran número de industriales, bástenos citar á los ortopédicos, fabricantes de instrumentos de cirugía, de óptica, de meteorología y diversas especies de mecánicos, que trabajan exclusivamente para la ciencia y viven de los adelantos que ella efectúa.

En cuanto á la agricultura y ganadería, pensemos solamente en el virus del carbunclo de Pasteur y de Mendez, en los estudios de Nocard y de Lignières y los trabajos de tantos otros.

Por lo que respecta el comercio no debemos afligirnos, porque eso marcha solo, pues, abundan de un modo colosal los individuos ávidos de aumentar el propio patrimonio por medio de especulaciones financieras.

Por otra parte no es seguramente mutilando ó impidiendo el desarrollo de un miembro que se aumenta la vitalidad de los demás órganos del cuerpo. Es este un procedimiento grosero y contraproducente.

Si la industria, la agricultura ó el comercio no prosperan en esta tierra, lo que es indudablemente una apreciación muy exagerada, trátese de protegerlas y ayudarlas por los múltiples medios de que disponen los entendidos en el ramo y encargados de dirigir las por el mejor camino.

Pero buscar el remedio inmolando lo que hay de más grande y más noble en la vida de los pueblos, es algo que no solamente es contraproducente, como hemos dicho, sino hasta criminal.

Es indudable que actualmente el poder del hombre reside en su cerebro y que la fuerza muscular ha cedido el paso á la inteligencia, como todos los días se confirma hasta en los hechos materiales.

Si es entonces de su inteligencia de donde saca el hombre todo su poder, es lógico pues hacer toda clase de sacrificios para perfeccionarla y ejercitarla.

Ahora bien, cuales son los medios para llegar á tal fin?

En primer término la enseñanza universitaria, la que debe ser todo lo accesible que se pueda, para que el mayor número de ciudadanos puedan recibir amplia instrucción, pues la cultura intelectual es, á no dudarlo, fuente de riqueza material, honra de las naciones y el arma más temible de defensa social.

Es necesario desengañarse y no mirar las cosas con espíritu estrecho.

Un abogado no es solamente el defensor de un pleito, estudia además las ciencias sociales y aprende á manejar las grandes colectividades. Apto para desempeñar los altos cargos públicos, es un legislador ó un publicista que resuelve con su pluma ó

con su palabra los problemas que agitan á la agrupación á que pertenece.

Un médico no es solamente un perito en consolidar fracturas óseas ó en administrar un drástico oportuno, es un hombre de ciencia que ha recorrido el campo de la química, la física, la botánica y demás ciencias auxiliares, que impide que nos invadan epidemias ó vela por la higiene de los establecimientos públicos. Con semejante arsenal de conocimientos se es una potencia que se basta á sí misma y presta gran apoyo á los demás.

Un ingeniero no es un simple calculista ó lírico de las cantidades, es el hombre que más directamente, tal vez, contribuye al bienestar social y que nos aporta inmensos beneficios de los que diariamente disfrutamos sin darnos por aludidos.

Pues bien, los médicos, los abogados y los ingenieros constituyen, según está de moda, una plaga que es necesario exterminar.

En ese caso que se aumente el número de celdas en la cárcel y se engrose el ejército permanente, porque el que combate la instrucción es el defensor de la ignorancia que es la causa del crimen si consideramos los individuos, ó de la ruina y degeneración si tenemos en cuenta las naciones.

Todas las ramas de la actividad humana que producen utilidad alguna deben protegerse y ayudarse, pero especialmente las que además de reportar utilidades enormes y palpables, educan en su más alto grado la inteligencia y perfeccionan y levantan el espíritu: las profesiones liberales.

C. DEL CAMPO (hijo)

El saludo á un maestro

Desde estas columnas en que una nueva generación del pensamiento, marcha hacia los modernos rumbos científicos en el estudio de la criminalología, enviamos un saludo respetuoso á Enrique Pessina, el ilustre criminalista italiano cuyas bodas de oro en la enseñanza, celebra el mundo jurídico en estos días, enseñanza que fué de las mas luminosas en el ciclo de la escuela clásica.

Ante este maestro, venerable entre los maestros de la escuela vieja, se inclina la bandera de la escuela joven para honrar, en las lumbreras del pasado, á los faros radiantes que iluminaron el sendero de la ciencia hasta los umbrales del presente donde ella, con renovados bríos, golpea hoy á las puertas del porvenir.

Criminalogia Moderna.

